

IDENTIDADES, DISCURSO Y POLÍTICA.

LA ARTICULACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA CADENA SIGNIFICANTE DEL MENEMISMO EN TORNO AL RÉGIMEN SOCIOECONÓMICO DE LA CONVERTIBILIDAD (1991-1995)*

HERNÁN FAIR**

A B S T R A C T

El trabajo analiza la modalidad de legitimación política del menemismo. En ese marco, se aborda el tema a través de un marco conceptual novedoso de carácter discursivo basado en la Teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau, en articulación con algunas nociones provenientes del psicoanálisis lacaniano. Según se sostiene, el elemento clave que explica el amplio y duradero respaldo político al proyecto menemista por parte de su coalición de apoyo radicó en la instauración y el posterior éxito del Plan de Convertibilidad. Este Régimen socioeconómico funcionó como un significante tendencialmente vacío, en los términos de Laclau, que permitió articular y consolidar la amplia hegemonía menemista, a través de la satisfacción de una pluralidad de demandas sociales equivalenciales. A su vez, se afirma que la Convertibilidad logró edificarse en un punto de capiton, en el sentido lacaniano, que funcionó como un objeto parcial causa del deseo investido como fuente de goce. En ese marco, el significante Amo, articulado con una amplia cadena significativa, produjo una identificación colectiva que coadyuvó a generar una ligazón afectiva en torno al discurso de Menem, contribuyendo a explicar el respaldo político al menemismo entre 1991 y 1995.

PALABRAS CLAVES: Menemismo, Régimen de Convertibilidad, Teoría de la Hegemonía, Identidades políticas, Psicoanálisis lacaniano, Discurso político.

* El siguiente trabajo fue presentado en una versión preliminar en el IX Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) junto con la Universidad Nacional del Litoral (UNL) y la Universidad Católica de Santa Fe (UCSF), Ciudad de Santa Fe, Argentina, 19 al 22 de agosto de 2009. A su vez, constituye una continuación de mi Tesis de Maestría en Ciencia Política y Sociología, presentada en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en agosto de 2007, pretendiendo formar parte de una futura Tesis doctoral, actualmente en curso en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Agradezco a Gerardo Aboy Carlés, Alicia Álvarez, Sebastián Barros, Paula Biglieri, Mariana Gómez y Marcos Novaro por sus lecturas, comentarios, sugerencias y críticas a versiones previas de este trabajo y los desligo de cualquier tipo de error u omisión que el mismo pudiera presentar. [Este artículo fue recibido por la Revista *Pléyade* el 23 de octubre de 2009 y fue aprobado para su publicación el 2 de mayo de 2010].

** Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO), Becario CONICET, Doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Correo electrónico: herfair@hotmail.com

IDENTITIES, DISCOURSE AND POLITIC. THE ARTICULATION AND CONSOLIDATION OF THE MENEMISM SIGNIFICANT CHAIN ABOUT SOCIO-ECONOMIC REGIME OF CONVERTIBILITY (1991-1995)

The work analyzes the modality of political legitimation of the menemism. In this context, it addresses the issue through a new conceptual framework of discursive character based on the Theory of Hegemony of Ernesto Laclau in joint with some concepts from lacanian psychoanalysis. According to it is maintained, the key element that explains the ample and lasting political support to the menemist project by his hegemonic coalition lay in the institution and subsequent success of the Convertibility Plan. This socioeconomic Regime worked like a empty significant, in the terms of Laclau, that allowed to articulate and consolidate the ample menemist hegemony, through the satisfaction of a plurality of equivalent social demands. As well, it affirms that the Convertibility managed to build itself in a point of capiton, in the lacanian sense, that worked like a partial object cause of desire invested as a source of enjoyment. In that frame, the Master Significant, articulated with an ample significant chain, produced a collective identification which helped to generate an affective attachment around the Menem's speech, helping to explain the political support to the menemism between 1991 and 1995.

KEY WORDS: Menemism, Convertibility Regime, Theory of Hegemony, Political identities, Lacanian psychoanalysis, Political speech.

1. INTRODUCCIÓN

Si lo que Freud descubrió y redescubre de manera cada vez más abierta tiene un sentido es que el desplazamiento del significante determina a los sujetos en sus actos, en su destino, en sus rechazos, en sus cegueras, en sus éxitos y en su suerte, a despecho de sus dotes innatas y de su logro social, sin consideración del carácter o del sexo, y que de buena o mala gana, seguirá el tren del significante como armas y bagajes, todo lo dado de lo psicológico.

Jacques Lacan, "El Seminario sobre la carta robada"

Durante la presidencia de Carlos Menem (1989-1999) se llevó a cabo un profundo proceso de reformas de mercado que transformó de raíz la estructura económica y social del país. No obstante la magnitud del cambio, el presidente argentino logró mantener, e incluso ampliar a través del tiempo, el respaldo efectivo de una amplia coalición social de apoyo que incluyó desde los sectores populares, hasta los grandes grupos empresariales. A esta amplia y heterogénea coalición se les sumaría el respaldo de gran parte de su propio partido y de una porción considerable del sindicalismo, además del disciplinamiento del tradicionalmente antisistémico sector militar. En esas circunstancias, el gobierno de Menem lograría constituir una sólida hegemonía, lo que le permitiría no sólo obtener un indiscuti-

ble triunfo en cada una de las elecciones legislativas existentes entre 1991 y 1994, sino también ser reelecto cómodamente en primera vuelta en las elecciones presidenciales de mayo de 1995, donde logrará obtener el apoyo de casi el 50% de la población.

Frente a este panorama, surgen, inevitablemente, una serie de interrogantes que parecen inexplicables. La principal pregunta-problema podría elaborarse del siguiente modo: ¿cómo logrará el gobierno de Menem unificar políticamente detrás de un mismo proyecto a sectores tan disímiles y, en algunos casos, con demandas y visiones tradicionalmente antagónicas, como es el caso del gran capital concentrado y gran parte de los sectores populares? A su vez, en un plano más específico, se intenta responder a los siguientes interrogantes: ¿cómo es posible que los *a priori* principales perjudicados por las políticas de transformación socioeconómica, los sectores populares, hayan apoyado sistemáticamente las diversas medidas de reforma de mercado implementadas por el menemismo, aún después del profundo cambio llevado a cabo a partir de la asunción de Menem al poder? Por otra parte, ¿cómo se explica que Menem haya sido reelecto en las elecciones presidenciales de mayo de 1995 por casi la mitad del electorado nacional, obteniendo incluso más votos que en la primera elección presidencial y que los dos mayores partidos de la oposición, cuando el país contaba en ese momento con una tasa de desocupación inédita en la historia argentina contemporánea e índices de corrupción alarmantes? En dicho marco, ¿puede limitarse el análisis, como destacan la mayoría de los enfoques situados dentro de la corriente dominante de la Ciencia Política, a una cuestión meramente instrumental de actores racionales guiados por su propio interés egoísta maximizador de beneficios?

Muchas y muy variadas han sido las explicaciones que han surgido en los últimos años desde el campo de las Ciencias Sociales en general, y la Sociología Política en particular, intentando explicar estas aparentes paradojas que marcaron la amplia y heterogénea coalición social que conformó el menemismo. En consonancia con la creciente personalización que caracteriza a la política en las últimas décadas¹, una primera perspectiva de análisis hace hincapié en la importancia que adquieren los elementos carismáticos del liderazgo menemista. Así, el éxito del menemismo se asociaría con su particular carisma personal y su fuerte conexión con los sectores populares mediada a través de su constante aparición en

¹ Manín, B. "Metamorfosis de la representación", en M. Dos Santos y F. Calderón (comps.), *¿Qué queda de la representación política?*, Nueva Sociedad, Caracas, 1992, pp. 9-40.

los medios de comunicación masivos². Una segunda perspectiva, que comparte la importancia de los elementos “irracionales” y “emocionales” en la legitimación de la figura presidencial, coloca el eje, en cambio, en la relación directa del menemismo con la tradición peronista. Así, según varios trabajos, el éxito del proyecto menemista se debería a la “nostalgia” y el recuerdo en la “memoria colectiva” de los sectores populares de las políticas distribucionistas y la “dignidad” obtenida durante el peronismo³. Desde una perspectiva diferente, que podemos denominar instrumental, tenemos aquellos trabajos que enfatizan en mayor medida el factor económico. Así, varios autores sostienen que el éxito electoral y político del menemismo se debe básicamente al logro de la estabilidad económica alcanzada a partir del control definitivo de la hiperinflación⁴. Otros trabajos, por su parte, señalan la relevancia fundamental ejercida por el denominado “voto cuota”, vinculando nuevamente el respaldo político al gobierno de Menem con elementos instrumentales, en este caso, el endeudamiento económico de vastos sectores sociales hacia el final de su primera presidencia⁵. Retomando este enfoque instrumentalista, aunque colocando el eje en un aspecto más territorial, algunos autores enfatizan la importancia crucial de las prácticas clientelísticas del menemismo⁶, las que, para algunos trabajos, sin embargo, habrían generado una relación “afectiva” hacia punteros y dirigentes barriales que explicarían el respaldo social al Gobierno. Intentando trascender estos enfoques, aunque continuando con el fuerte énfasis colocado en la figura del líder personalista, existe una cuarta perspectiva que sostiene que el éxito del menemismo se debió principalmente al particular contexto de “disolución de lo social” en el que emergió su liderazgo⁷, asociado a la hiperinflación y los saqueos a supermercados del gobierno anterior. En ese marco, caracterizado por el profundo “caos político y social”, el elemento primordial que explicaría el amplio respaldo social obtenido por el Presidente

² Quevedo, L. A. “Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa”, en R. Winocur (comp.), *Culturas políticas a fin de siglo*, México, Juan Pablos editor, 1997, pp. 53-78.

³ Sidicaro, R. (1995): “Poder político, liberalismo económico y sectores populares en la Argentina 1989-1995”, en AA.VV., *Peronismo y menemismo*, El Cielo por Asalto, Bs. As., pp. 121-156.

⁴ Llach, L. (2004): “¿Dos décadas perdidas? Desafíos, respuestas y resultados de la políticas económica de la democracia”, en M. Novaro y V. Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Bs. As., pp. 133-154.

⁵ Rodríguez Krauth, A. (2000): “Relaciones de la psicología política con la economía y la religión”, *Revista de Psicología Política*, N°20, pp. 29-46. URL: <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N20-2.pdf>

⁶ Levitsky, S. “Crisis, adaptación partidaria y estabilidad del régimen en la Argentina: el caso del peronismo, 1989-1995”, *Revista de Ciencias Sociales*, UNQ, N°6, pp. 85-131.

⁷ Cavarozzi, M. *Autoritarismo y democracia (1955-1996)*, Ariel, Buenos Aires, 1997.

una vez llegado al poder, y la capacidad de mantener e incluso ampliar ese apoyo tras la aplicación de las reformas neoliberales, no sería tanto el logro de la estabilización monetaria, como el “consenso de fuga hacia adelante” y la presencia de un liderazgo de tipo “decisionista” y “ejecutivista”⁸ que garantizaría orden, seguridad y certidumbre a través de la toma constante de decisiones políticas⁹, cohesionando a la fragmentada sociedad¹⁰. Desde un enfoque diferente, que incorpora ciertos aspectos de esta teoría, aunque colocando un mayor énfasis en el proceso de constitución discursiva de las identidades sociopolíticas, algunos trabajos sostienen que el éxito del menemismo en mantener el respaldo social tras su “giro” histórico en relación a la tradición benefactora de su partido, se debe más bien a que se constituyó como un “discurso hobbesiano de superación del caos”. Desde esta perspectiva, cuyo mayor exponente son los trabajos de Gerardo Aboy Carlés¹¹, el discurso menemista habría evitado una ruptura inicial del electorado debido precisamente a la fuerte demanda social de orden frente a la situación de “práctica disolución de una agencia de autoridad pública” como la vivida en 1989. En ese contexto, Aboy Carlés concluye que el menemismo habría dejado de lado el tradicional componente populista de reforma social que caracterizaba al peronismo, para edificarse como el “Partido del Orden” para los sectores dominantes¹². Finalmente, encontramos algunos trabajos recientes que, desde un enfoque socio-semiótico basado en la teoría del discurso de Eliseo Verón, hacen hincapié en la importancia que adquieren las estrategias discursivas empleadas por el líder para obtener legitimación social. Así, el éxito político del menemismo debería buscarse en su particular “dispositivo de enunciación”, inscripto dentro de la tradición peronista, que le permitió producir un “vaciamiento de la política” y una “disolución del adversario social”¹³.

Sin desconocer las valiosas y apreciables contribuciones de estas perspectivas, varios de cuyos aportes tomaremos como base en este trabajo, la siguiente investigación se

⁸ Novaro, M. *Pilotos de tormentas*, Letra Buena, Bs. As., 1994.

⁹ Muchos de los aspectos de esta teoría pueden encontrarse también en el análisis en términos de “democracia delegativa” de Guillermo O’Donnell (1992). Una crítica reciente a este tipo de enfoques puede hallarse en Bonnet (2008).

¹⁰ Quiroga, H. *Argentina, en emergencia permanente*, Edhasa, Bs. As., 2005.

¹¹ Aboy Carlés, G. *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Homo Sapiens, Rosario, 2001.

¹² Más allá de ciertas diferencias ideológicas que podamos tener con este enfoque, debemos destacar, de todos modos, que el análisis de este autor en términos de la Teoría de la Hegemonía resulta sumamente pertinente y fructífero para indagar en el proceso de construcción discursiva de las identidades sociopolíticas.

¹³ Canelo, P. *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*, Documento de trabajo de FLACSO, Buenos Aires, 2002.

propone indagar acerca del proceso de configuración discursiva de la identidad sociopolítica menemista durante el primer gobierno de Menem (1989-1995). Específicamente, colocaremos el eje de análisis en la función clave que ejerció la instauración y el posterior éxito del Plan de Convertibilidad, sancionado en abril de 1991, en la legitimación social del discurso menemista durante su primer período presidencial. Aunque varios trabajos han destacado en los últimos años la importancia crucial ejercida por el plan económico en general, y el Régimen de Convertibilidad en particular, en la legitimación política del menemismo, la gran mayoría de ellos se centran en los beneficios económicos del régimen convertible para los sectores dominantes¹⁴, incorporando, en algunos casos, su función instrumental de estabilización monetaria y expansión del consumo interno¹⁵. Finalmente, en otros casos, se deja a un lado la lógica racionalista, para tomar en cuenta la importancia de la Convertibilidad dentro del discurso ideológico. Sin embargo, o bien se señala sin profundizar que el Régimen de Convertibilidad logró generar un principio de gobernabilidad económica y política¹⁶, garantizando el acceso a prácticas de consumo masivas y a un orden imaginario de estabilidad monetaria y modernización económica que produjo un “temor generalizado” a que se saliera del esquema Convertible¹⁷, y terminó por despolitizar al conjunto de la sociedad¹⁸, o bien, desde un enfoque centrado en el aspecto discursivo, se considera a la Convertibilidad directamente como una “simple ley” que garantizó y se constituyó como equivalente de la estabilidad económica¹⁹, en lugar de un régimen más amplio vinculado a múltiples significantes que, si bien independientes entre sí, resultaban funcionales a su sostenimiento y sobredeterminarían el conjunto de los discursos de la década menemista²⁰.

¹⁴ Es el caso especialmente de los estudios provenientes del equipo de Economía y Tecnología de FLACSO, liderados por Eduardo Basualdo y Daniel Azpiazu, quienes analizan los “grandes negociados” asociados a los grupos más concentrados y cómo estos beneficios económicos garantizados por el Estado, permitieron modificar el patrón de acumulación del modelo sustitutivo, reemplazado ahora por un nuevo régimen de acumulación centrado en la valorización financiera.

¹⁵ Thwaites Rey, M. *La (des)ilusión privatista*, EUDEBA, Bs. As., 2003.

¹⁶ Quiroga, H. *Argentina, en emergencia permanente*, Edhasa, Bs. As., 2005.

¹⁷ Frenkel, R. “Argentina: una década del régimen de convertibilidad” en *Foros 8. Presente y futuro de la política monetaria en América Latina*, Banco Central de Venezuela, Caracas, mayo, 2003.

¹⁸ García Delgado, D. *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mecanografiado, Bs. As., 1994.

¹⁹ Barros, S. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Alción, Córdoba, 2002.

²⁰ Nos apoyamos, entre otros, en los estudios especializados de Azpiazu (1995) y Kulfas (2001), quienes han destacado en detalle de qué modo la Ley de Convertibilidad, pese a ser a priori una medida independiente de las reformas de mercado, estuvo indisociablemente vinculada a la profundización de las políticas de apertura,

Diferenciándose de estos enfoques que han intentado comprender la “naturaleza” del fenómeno menemista, retomando, al mismo tiempo, varias de sus indudables contribuciones teóricas, en un intento de dar cuenta de la complejidad del fenómeno, el objetivo principal de la presente investigación consiste en indagar de forma exhaustiva en la imbricación del Régimen de Convertibilidad dentro del discurso menemista. Como objetivos específicos, se pretende hacer hincapié en los múltiples significados asociados al Régimen de Convertibilidad (lo cual excede su relación con las políticas neoliberales, por un lado, y con el logro instrumental de la estabilidad socioeconómica y las prácticas de consumo, por el otro), y, derivado de lo anterior, en su función de articulación y consolidación discursiva de la amplia hegemonía menemista durante su primer período de Gobierno (1989-1995). En efecto, aunque hemos visto que se ha destacado la importancia crucial ejercida por la Convertibilidad en la conformación y el éxito de la amplia y heterogénea coalición menemista²¹, en la gran mayoría de los casos los análisis realizados se han limitado a subrayar la existencia de un respaldo, instrumental o no, cuyo eje principal radicaría en el logro de la estabilidad monetaria y el “voto cuota”. En dicho marco, hemos hallado escasos trabajos que analicen en profundidad en la función de articulación global discursiva de los diversos sectores sociales que constituyeron su extensa y heterogénea coalición hegemónica. En particular, hemos notado que escasean los abordajes discursivos integradores²², particularmente desde el enfoque de la Teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau²³.

desregulación, privatizaciones y valorización financiera iniciadas en 1989. En ese contexto, la mayoría de los trabajos que analizan el período destacan la organicidad y funcionalidad que adquirieron ambas medidas originariamente independientes entre sí, lo que terminó transformando al Régimen de Convertibilidad en un nuevo modelo de acumulación que determinó profundas transformaciones socioeconómicas a partir de su instauración (véase Frenkel, 2003).

²¹ Gerchunoff, P. y Torre, J. C. “La política de liberalización económica en la administración de Menem”, *Desarrollo Económico*, N°141, pp. 733-768.

²² Una importante excepción a este abordaje integral lo constituye el trabajo de Palermo y Novaro (1996), y, en menor medida, los valiosos intentos de Gerchunoff y Torre (1996) y Gambina y Campione (2002), quienes abordan la formación de la coalición política pro-reformas desde un marco de análisis de economía y sociología política. Más recientemente, se destaca el trabajo de Bonnet (2008) sobre la “hegemonía neoconservadora” del menemismo. De todos modos, ambos trabajos se alejan en gran medida del enfoque íntegramente discursivo que seguimos aquí. Un intento más limitado es representado por el trabajo de Etchemendy (2001), quien analiza la conformación de una coalición pro-reforma entre el Estado y algunos sindicatos y grandes empresarios vinculados al sector industrial, aunque deja nuevamente de lado la lógica de análisis del discurso. Desde un enfoque diferente, centrado en el estudio electoral, Gervasoni intenta dar cuenta también del amplio consenso social alcanzado por la coalición menemista a partir de un detallado análisis cuantitativo con eje en una serie de encuestas pre-electorales de 1989 y 1995 (Gervasoni, 1998).

²³ El único trabajo que ha investigado hasta el momento el discurso del menemismo desde este enfoque teórico ha sido el de Sebastián Barros (2002). Sin embargo, debemos señalar que este autor se centra en el período

En esta investigación nos proponemos recuperar, precisamente, los valiosos aportes de esta perspectiva poco trabajada de forma empírica, con el objeto de aplicar y operacionalizar sus principales categorías y contribuciones al estudio político del discurso menemista. Entendemos que este tipo de enfoque teórico, al hacer hincapié específicamente en la función del discurso como formador y articulador de las identidades sociales²⁴, contribuye a una mayor y mejor comprensión de la modalidad de articulación y legitimación política de la amplia coalición social que constituyó el menemismo. Al mismo tiempo, al definir al discurso como un elemento que constituye y, a su vez, permite resignificar y reformular el sentido legítimo que atribuimos a aquello que definimos como la realidad social, el análisis sociopolítico del discurso, incluyendo en este campo a la semiótica social y al psicoanálisis lacaniano, además de los aportes cruciales de la Teoría de la Hegemonía, permite enriquecer algunas limitaciones de los análisis puramente racionales que se encuentran en la base de muchos de los principales estudios que han abordado este fenómeno, entre ellos los estudios electorales del voto²⁵, así como también los estudios representacionistas, que recuperan la dimensión discursiva, aunque desde una perspectiva centrada puramente en el análisis de contenido lexicológico.

La hipótesis principal que guía el trabajo sostiene que el elemento clave que explica el amplio y duradero respaldo político al proyecto menemista por parte de su coalición de apoyo, radicó en la instauración y el posterior éxito del Plan de Convertibilidad de abril de 1991. Este Régimen socioeconómico, lejos de limitarse a una simple ley cambiaria, lo que restringiría el análisis a su mero contenido literal, funcionó como un significante tendencialmente vacío, en los términos de Laclau, que permitió articular y consolidar a la amplia hegemonía menemista, a través de la satisfacción de una pluralidad de demandas sociales equivalenciales. Como segunda hipótesis, se afirma que a partir del éxito socioeconómico del Régimen de Convertibilidad, este significante logró edificarse en un punto de capiton, en el sentido lacaniano, que funcionará como un objeto parcial causa del deseo que será inves-

1989-1991, concentrando su interés en la importancia ejercida por la estabilidad económica en la legitimación del menemismo.

²⁴ Lacan, J. *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Texto establecido por Jacques Alain Miller, Paidós, Buenos Aires, 1987.

²⁵ Gervasoni, C. (1998): "Del distribucionismo al neoliberalismo: los cambios en la coalición electoral peronista durante el gobierno de Menem", Paper presentado en el Latin American Studies Association (LASA), Chicago, 24 a 26 de septiembre. URL: <http://168.96.200.17/ar/libros/lasa98/Gervasoni.pdf>

tido como fuente de goce. En ese marco, el significante Amo, articulado con una amplia cadena significativa, producirá una identificación general en amplios sectores sociales, que coadyuvará a generar una ligazón afectiva en torno al discurso de Menem, contribuyendo a explicar el respaldo político al menemismo entre 1991 y 1995.

1.1. MARCO TEÓRICO GENERAL

En los últimos años ha resurgido el interés por el tema de las identidades sociopolíticas²⁶. Según Gerardo Aboy Carlés, este fenómeno puede ser abordado desde tres dimensiones analíticas: la dimensión de la alteridad, la dimensión de la representación y la dimensión de la tradición. La primera de ellas se relaciona con el establecimiento de límites con respecto a una exterioridad que es, al mismo tiempo, necesaria e imposible. Necesaria, ya que este exterior es indispensable para constituir la propia identidad. Imposible, porque no existen identidades plenamente constituidas. Esta doble condición, inherente a toda identidad, es lo que permite, a través de un proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, que remite a la lógica schmittiana amigo-enemigo²⁷, la formación de hegemonías. Si la dimensión de la alteridad se centra en el “exterior constitutivo”²⁸ de toda identidad, la dimensión representativa coloca el eje en el proceso de estructuración interno. De este modo, se hace hincapié en la inconmensurabilidad entre particular y universal. En efecto, existe una tensión permanente entre la particularidad que representa toda demanda social y su necesidad de trascender ese particularismo para representar demandas más generales que universalizan el espacio social. Inmerso en esta lógica, que analiza la construcción discursiva de hegemonías, autores como Ernesto Laclau, entre otros, han destacado la importancia fundamental que adquieren los liderazgos, y específicamente el lenguaje y las prácticas articulatorias, en la constitución y redefinición de las identidades sociopolíticas. Desde esta perspectiva, cuyos antecedentes remiten, básicamente, a los aportes del psicoanálisis lacanianoy del post-estructuralismo derridiano²⁹ no puede haber ningún campo que determine

²⁶ Busso, M. “La(s) identidad(es) y sus campos de batalla”, en *Trabajadores informales en argentina: ¿de la construcción de identidades colectivas a la constitución de organizaciones?*, capítulo tercero de la Tesis en cotutela para optar por los títulos de Doctor en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires y Docteur de l’Université Université de Provence (Aix-Marseille I), mes de mayo, 2007.

²⁷ Schmitt, C. *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1987.

²⁸ Staten, H. *Wittgenstein y Derrida*, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1984.

²⁹ Derrida, J. *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989.

plenamente lo social. Esta afirmación, si bien no implica excluir la importancia fundamental que adquiere en la actualidad el campo económico³⁰, principalmente a partir del énfasis neoliberal en la eficiencia y la racionalidad utilitaria³¹, nos permite abandonar toda pretensión de situar cualquier tipo de determinismo último. En efecto, desde el enfoque post-marxista de Laclau no existe ningún tipo de determinación estructural del sujeto que pudiera determinarse independiente de un análisis contextual particular. Mediante esta crítica de toda forma de esencialismo determinante, Laclau se aleja de los reduccionismos economicistas que caracterizan a las teorías de origen marxista, ya sea a partir de la determinación de la economía “en última instancia”, como creían, desde diferentes perspectivas teóricas, los enfoques de la Teoría de la Dependencia de Cardoso y Faletto y Lechner y el instrumentalismo inglés de Miliband, ya sea como “autonomía relativa”, como creía Poulantzas, como “derivación”, al estilo propuesto por Holloway y Pichiotto, o en su variante de socialismo “ético”, como es el caso de Walter Benjamín.

En la llamada Teoría de la Hegemonía se parte de la base, en cambio, de que todo proceso de construcción identitaria es un proceso “contingente”, que, como destacaba el pragmatismo del segundo Wittgenstein, no tiene una lógica que pueda determinarse a priori de un contexto particular de aplicación y que, por lo tanto, requiere de prácticas articuladoras para constituirse y adquirir una significación como tal³². Este último aporte, derivado de la deconstrucción genealógica de la noción de hegemonía gramsciana en clave post-marxista, resulta clave, ya que permite incrementar al máximo la autonomía del campo político, permitiendo, así, la articulación entre diversos sectores sociales equivalenciales y, por consiguiente, la construcción discursiva de “fuerzas hegemónicas” que trasciendan la mera posición particularista que les es propia, para conformar “bloques de poder” más generales. A su vez, dado que parte del supuesto fundamental de que el antagonismo es constitutivo de toda identidad, niega la posibilidad de que puedan existir identidades “plenas”³³. Como destaca Laclau, reformulando en clave “reformista” y no esencialista los aportes de Gramsci, la

³⁰ Barros, S. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Alción, Córdoba, 2002.

³¹ García Delgado, D. *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mecanografiado, Bs. As., 1994.

³² Mouffe, C. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Bs. As., 1999.

³³ Lefort, C. *La invención democrática*, Nueva Visión, Bs. As., 1990.

constitución de todo proceso identitario comienza con una “lucha hegemónica”, una lucha ideológica por apropiarse del sentido legítimo, siempre precario, y por lo tanto parcial, de aquello que denominamos lo social³⁴.

La categoría laclausiana de “significante tendencialmente vacío” o “significante de vacuidad tendencial”³⁵ adquiere fundamental importancia en este contexto. La misma hace referencia a la existencia de significantes, esto es, imágenes o palabras clave, que logran trascender su particularidad original mediante una articulación de diversas demandas sociales equivalenciales que hasta entonces se encuentran insatisfechas. Estos significantes, pese a su imposibilidad de instituirse plenamente, resultan indispensables en todo análisis que se centre en la constitución discursiva de las identidades sociopolíticas, ya que permiten a los liderazgos, a partir de la primacía de lo que simbolizan o representan, por sobre el significado o concepto concreto, unificar simbólicamente a la sociedad, hegemonizando, en sentido gramsciano, el espacio social³⁶.

Para dar cuenta de este proceso de construcción discursiva de las dimensiones de alteridad y de la representación, que resultan inherentes a la formación de toda identidad sociopolítica, existe también una variante teórica que hace hincapié en la conformación de lo que Eliseo Verón³⁷ denomina la “dimensión ideológica” o dimensión de la enunciación de toda identidad. En esta línea de investigación, que se sitúa dentro del campo de lo que se conoce como el análisis sociosemiótico del discurso, el eje principal de atención se traslada desde las prácticas articulatorias, para colocarse en el plano de la enunciación y, más específicamente, en lo que el autor denomina los “dispositivos de enunciación”. En ese contexto, tomando como punto de partida la dimensión “polémica” que caracteriza a todo discurso político, se coloca el eje no en lo que se dice o enuncia (nivel del enunciado), sino en la relación que el enunciador o mejor dicho el “sujeto de la enunciación”, construye en su discurso con aquello que enuncia y la relación y designación que establece con aquél a quién le habla (nivel de la enunciación). Así, analizar la dimensión ideológica implica analizar la relación

³⁴ Mouffe, C. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Bs. As., 1999.

³⁵ Laclau, E. *La Razón populista*, FCE, Bs. As., 2005.

³⁶ Laclau, E. “Populismo: ¿qué hay en el nombre?”, en L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Paidós, Bs. As., 2005, pp. 25-46.

³⁷ Verón, E. “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en AA.VV., *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*, Hachette, Bs. As., 1987, pp. 13-26.

estratégica entre el “sujeto de enunciación” del discurso y sus “condiciones sociales de producción”³⁸.

Desde la perspectiva sociosemiótica de Verón, todo “sujeto de enunciación” construye una relación discursiva con tres tipos de destinatarios: los adherentes o “prodestinatarios”, los indecisos o “paradestinatarios” y los adversarios o “contradestinatarios”. Al tiempo que el enunciador intenta reforzar la creencia presupuesta con los pro-destinatarios, ejerce una estrategia de persuasión con los paradestinatarios y, al mismo tiempo, una lectura destructiva con sus contradestinatarios³⁹. A partir de allí, el análisis ideológico consiste en examinar las distintas “posiciones del sujeto”⁴⁰ en relación a cada uno de estos destinatarios, dando cuenta de las diferentes estrategias políticas a las que apela el enunciador para legitimar sus posiciones⁴¹. De lo que se trata, a continuación, es de recolectar y analizar un corpus discursivo para dar cuenta de las estrategias del enunciador, a partir del “núcleo invariante” y el “sistema de variaciones” diacrónico del campo discursivo. En pocas palabras, se trata de examinar al menos dos discursos para dar cuenta de sus aspectos inmodificables, los que son modificados y las estrategias discursivas que explican esas transformaciones diacrónicas. Para ello, se analiza desde dónde se sitúa y cómo legitima el enunciador lo que expresa frente a sus seguidores, con especial énfasis en los “colectivos de identificación”⁴² que utiliza, cómo persuade a los indecisos que se encuentran por “afuera” de su pro-

³⁸ Sigal, S. y Verón, E. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Legasa, Bs. As., 2003. pp. 19-24.

³⁹ Verón, E. “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en AA.VV., *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*, Hachette, Bs. As., 1987.

⁴⁰ Cabe destacar que la noción de “posiciones del sujeto”, que también se hace presente en el enfoque inicial de Laclau y Mouffe (1987: 35 y ss.), aparece por primera vez en Lacan para referirse al estadio del espejo (véase Lacan, 1982: 191). De todos modos, el tema aparece abordado en detalle en el análisis de Foucault sobre la *Arqueología del saber*, cuando se refiere a la necesidad de promover un análisis de las “posiciones enunciativas del sujeto”, en una crítica a la noción del sujeto trascendental de la Modernidad.

⁴¹ De Ípola, E. *Ideología y discurso populista*, Folios, Buenos Aires, 1983.

⁴² Los “colectivos de identificación” hacen referencia a las “entidades del imaginario político” que relacionan al enunciador político con sus partidarios. Se definen a partir de un “Nosotros” inclusivo y un “Ellos” (por ejemplo, nosotros los “peronistas” frente a ellos, los “antiperonistas”) (Verón, 1987). Esta dicotomía “Nosotros”-“Ellos” nos remite, a su vez, a la famosa dicotomía schmittiana “amigo-enemigo” (véase Schmitt, 1987: 56 y ss.). Debe señalarse, además, que Verón incorpora a su tipología la noción de “metacolectivos” que, a diferencia de los colectivos de identificación, que corresponden a un “Nosotros inclusivo” enumerable y fragmentable (por ejemplo, peronistas), se refieren a colectivos singulares que no admiten cuantificación o son difícilmente fragmentables (por ejemplo, República) (Verón, 1987: 18).

pia creencia y, al mismo tiempo, cómo deslegitima el discurso de sus adversarios político-discursivos⁴³.

Finalmente, lo que Aboy Carlés denomina la “perspectiva de la tradición”⁴⁴, hace referencia a una tercera dimensión constitutiva de toda identidad sociopolítica, que intenta dar cuenta de la relación que contiene toda identidad con una historia y un contexto socio-cultural que la condicionan y contribuyen a configurar y desarrollar un marco de significación particular. Como ha sido señalado por los aportes de teóricos “antiesencialistas” de las identidades nacionales como Renán y Anderson, toda formación identitaria no es más que un proceso de construcción política que carece, de este modo, de una esencia última. La formación de lazos sociales identitarios representa, en ese sentido, la constitución de una “comunidad imaginada”, al decir de Anderson, que es creada o construida de manera simbólica por el propio discurso. En esta lógica antiinmanentista, que destaca el elemento de construcción histórica que caracteriza a toda identidad política, Aboy Carlés enfatiza la importancia que adquieren las “reconstrucciones épicas del pasado” y su impacto en la composición y posible reformulación de las identidades del presente⁴⁵. Para ello, parte de la idea de que toda identidad se construye sobre un “campo parcialmente sedimentado y objetivado”. En efecto, como lo ha señalado sin profundizar el propio Laclau, siempre existen “prácticas sedimentadas” que condicionan a toda identidad⁴⁶. De este modo, como destaca Slavoj Žižek⁴⁷, todo hecho sólo puede ser entendido inmerso dentro una interpretación discursiva que es inevitablemente contingente y provisoria, pero que contribuye a otorgarle una significación determinada, aunque en constante proceso de redefinición. Raymond Williams⁴⁸ ha subrayado, en ese sentido, que toda identidad se construye sobre la base de un contenido “residual” que condiciona y permite reconfigurar la propia identidad. Derrida⁴⁹, por su parte, ha señalado que todo discurso deja una “huella” que, dada su condición inmanente y antiesencialista de “iterabilidad”, le permite ser abordada, interpretada y reinterpretada a posteriori desde múltiples e infinitas posibilidades que exceden su contenido par-

⁴³ Sigal, S. y Verón, E. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Legasa, Bs. As., 2003.

⁴⁴ Aboy Carlés, G. *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Homo Sapiens, Rosario, 2001.

⁴⁵ *Ibid.* p.69.

⁴⁶ Laclau, E. “Populismo: ¿qué hay en el nombre?”, en L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Paidós, Bs. As, 2005. pp.138-139.

⁴⁷ Žižek, S. *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1992.

⁴⁸ Williams, R. *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, .1980.

⁴⁹ Derrida, J. *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Tecnos, Madrid, 1997.

ticular y contextual inicial. En la misma línea, Sebastián Barros⁵⁰, basándose en Laclau⁵¹, se ha referido a la existencia de una “relativa estructuración” sedimentada que resulta inherente a toda identidad política, lo que permite analizar la importancia clave que adquiere el componente de la “tradición” que resulta, así, constitutivo de todo discurso y, más ampliamente, de todo proceso de formación de las identidades sociopolíticas.

La presente investigación se propone abordar la formación discursiva de la identidad política del menemismo y, específicamente, su articulación en torno al régimen socioeconómico. Dejando a un lado el análisis específico de la dimensión de la tradición, que hemos trabajado en detalle en otro lugar⁵², colocaremos el eje en las dimensiones de la alteridad y la representación. Para analizar la dimensión de la alteridad, partiremos de la detallada definición que brinda Aboy Carlés del concepto de identidades políticas, para centrarnos en el doble proceso de homogeneización interna y heterogeneización externa. Recordemos que, desde la perspectiva de Aboy, toda identidad política es definida como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos”⁵³. En ese marco simultáneo en el que se sedimenta y configura en un sentido estable la homogeneización interna y la nominación diferencial de lo externo en el litigioso espacio de los asuntos públicos comunes, resultan especialmente importantes las nociones de “frontera política” y “exterior constitutivo”. La primera de ella hace referencia a la construcción discursiva de una “frontera de exclusión”⁵⁴ que actúa como contraposición antagónica de otra formación identitaria que funciona como su reverso absoluto. La segunda, por su parte, destaca el componente necesario, pero a su vez imposible, de toda alteridad, para otorgar significación identitaria a la propia frontera política interna. Ambas dimensiones refieren, a su vez, al proceso de construcción “polémica” de los contradestinatarios que destaca Verón en todo discurso político.

⁵⁰ Barros, S. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Alción, Córdoba, 2002.

⁵¹ Laclau, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1993.

⁵² Fair, H. “El Estado y los trabajadores durante el primer gobierno de Menem en Argentina (1989-1995)”, *Estudios Sociológicos*, N°80, mayo-agosto, México, 2009. pp. 551-594.

⁵³ Aboy Carlés, G. *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Homo Sapiens, Rosario, 2001. p.53.

⁵⁴ Laclau, E. y Mouffe, C. *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 1987.

Para abordar la dimensión de la representación, que se complementa y adquiere significación en un juego dialéctico no excluyente necesariamente con la dimensión anterior, se otorgará particular importancia a la noción laclausiana de hegemonía. Esta categoría, ampliamente desarrollada por Antonio Gramsci⁵⁵, resulta sumamente pertinente para dar cuenta de la construcción discursiva de las identidades sociopolíticas, al hacer hincapié en la necesidad de los líderes de trascender las demandas puramente particulares que resultan inherentes a todo discurso, para representar demandas más generales que permiten articular de forma imaginaria al conjunto de la comunidad. Esta necesidad de toda identidad política de encarnar el orden comunitario, si bien es imposible en sentido estricto, dado que, como señala Laclau, existe una “dislocación” inherente, simbolizada bajo la forma del “antagonismo”, que impide el “cierre” absoluto del espacio social⁵⁶, cobra particular relevancia en las sociedades actuales, y especialmente en nuestro país, donde las transformaciones acontecidas en las últimas décadas debido a la aplicación de las políticas de globalización neoliberal, han generado un incremento de la fragmentación, segmentación y polarización social⁵⁷, que complejiza la posibilidad de conformar vínculos que unifiquen simbólicamente a gobernantes y gobernados⁵⁸. No obstante, esta situación de “balcanización”⁵⁹, o fragmentación social, lejos de impedir toda constitución de identidades sociopolíticas, es precisamente la condición de posibilidad de la formación de hegemonías. Ello se debe a que, en el marco de creciente relajamiento de las líneas de antagonismo social de períodos previos tras la institucionalización del peronismo⁶⁰, permite enfatizar la importancia crucial que adquiere la articulación discursiva de diversas demandas equivalenciales en torno a significantes vacíos que trascienden su identidad particular para encarnar nociones universales, a partir de la presencia de un liderazgo popular que las hace presentes en última instancia, satisfaciéndolas de forma equivalencial⁶¹.

⁵⁵ Gramsci, A. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

⁵⁶ Laclau, E. y Mouffe, C. *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 1987.

⁵⁷ Pucciarelli, A. “¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina”, *Sociedad*, N°12/13, Bs. As., 1998. pp. 5-36.

⁵⁸ Novaro, M.: *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario, 2000.

⁵⁹ Aboy Carlés, G. *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Homo Sapiens, Rosario, 2001.

⁶⁰ Palermo, V. y Novaro, M. *Política y poder en el gobierno de Menem*, Norma-FLACSO, Bs. As., 1996.

⁶¹ Esta definición de hegemonía basada en la genealogía y desconstrucción de la teoría gramsciana en clave “reformista”, y la recuperación de la función “agregativa” o representativa por parte de los liderazgos, se aleja, por supuesto, de la clásica definición del término en la Ciencia Política neo-institucionalista, que entiende al

Como lo ha destacado Marcos Novaro⁶², los liderazgos representativos cumplen una función clave en las sociedades actuales. Ello se debe a que, frente a la fragmentación reinante en la ciudadanía y la imposibilidad de representar un único interés común o una única voluntad general indivisible, tal como lo soñaran tantos filósofos políticos desde Rousseau en adelante, los liderazgos logran homogeneizar simbólicamente a los representados⁶³. En otras palabras, el nuevo contexto de fragmentación, segmentación y polarización social producido en las últimas décadas al compás de la aplicación de las reformas neoliberales y los cambios sociales y demográficos derivados del proceso de globalización⁶⁴, a lo que debemos sumar la crisis de legitimidad de las organizaciones sociales y el fin de los grandes relatos colectivos, es campo propicio para la representación mediante liderazgos, tan vapuleada, por otra parte, por gran parte de la tradición liberal⁶⁵. Tenemos, entonces, que en las nuevas “democracias de lo público” puede convivir un proceso de crisis de legitimación o crisis de representación de las organizaciones políticas, junto con lo que Manin denomina una “metamorfosis de la representación”⁶⁶.

Laclau, al igual que Manin, considera que los líderes tienen una dimensión instituyente. Sin embargo, el teórico argentino destaca que no existen identidades plenamente constituidas, por lo que no puede existir una representación como “reflejo” de intereses previamente existentes. En ese sentido, tal como ha sido destacado por Derrida ⁶⁷con su concepto de “suplemento”, la autonomía de los liderazgos representativos, si bien en épocas anteriores era menor debido a que existía una mayor homogeneidad de la estructura social, nunca dejó de hacerse presente de algún modo. Pero lo más relevante de su enfoque, es que Laclau parte de la base de que el elemento clave en todo análisis político no es la oferta de los líderes, sino las “demandas sociales insatisfechas” de los electores. Si bien coincide con

concepto de hegemonía como la construcción de un poder político excesivo por parte del Poder Ejecutivo que actúa en desmedro del resto de los poderes constitucionales (en particular, de la división de poderes republicana y el respeto del Parlamento). Sobre esta definición, véase el clásico trabajo de Sartori sobre los sistemas de partidos. Para una crítica a este tipo de enfoques procedimentalistas, remitimos a los citados trabajos de Novaro y Aboy Carlés.

⁶² Novaro, M.: *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario, 2000.

⁶³ Laclau, E. *La Razón populista*, FCE, Bs. As., 2005. pp.151-200.

⁶⁴ Nun, José. *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, FCE, Bs. As, 2001.

⁶⁵ Novaro, M.: *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario, 2000.

⁶⁶ Manín, B. “Metamorfosis de la representación”, en M. Dos Santos y F. Calderón (comps.), *¿Qué queda de la representación política?*, Nueva Sociedad, Caracas, 2004, pp. 9-40.

⁶⁷ Derrida, J. *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989.

teóricos como Manin en que los líderes resultan cruciales, para Laclau los representantes responden a las múltiples demandas sociales insatisfechas. Precisamente, en sociedades fuertemente fragmentadas como las actuales, y frente a la crisis de los partidos políticos, el Congreso y sus representantes⁶⁸, la noción de significantes que hegemonizan tendencialmente el espacio social resulta crucial, ya que permite trascender el particularismo inherente a toda propuesta, para crear formas “universalizantes” o, lo que es lo mismo, permite hegemonizar metonímicamente el espacio social, sin perder por ello su inherente particularismo.

En esta investigación partimos de una doble dimensión constitutiva del proceso de representación. Como destaca Hanna Pitkin⁶⁹ en un exhaustivo análisis de este concepto, existen dos enfoques principales para abordar este tema. El primero de ellos, que denomina la perspectiva de la autorización, afirma que el representante cumple el rol de sustituir al representado. Así, estos autores autonomizan el rol del representante, ignorando el papel que cumplen los representados en el proceso. La segunda perspectiva, que denomina la perspectiva del mandato, considera que el representante actúa en lugar del representado. De este modo, y en contraposición a la perspectiva anterior, subraya la importancia que adquiere la responsabilidad de los representantes ante los representados. Si el caso extremo del primer tipo coincide con la representación hobbesiana, el caso extremo del segundo tipo coincide con el republicanismo deliberativo de autores como Rawls y Habermas, quienes no otorgan ninguna autonomía a los liderazgos⁷⁰. Laclau, en la misma línea, si bien coloca el acento en la función de re-presentación, esto es, en el hecho de “hacer presente algo que se encuentra ausente”, también señala que todo líder debe “efectivamente representarlos”⁷¹, es decir, que debe ser, al mismo tiempo, representativo, en los términos de Pitkin. De este modo, a la dimensión re-presentativa o unificadora, que Novaro denomina como dimensión “descendente” de toda representación, Laclau le incorpora una dimensión representativa o “ascendente”, en los términos de Novaro. Ambas dimensiones, como señala Pit-

⁶⁸ García Delgado, D. *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mecanografiado, Bs. As., 1994.

⁶⁹ Pitkin, H. *El concepto de representación*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985.

⁷⁰ *Ibidem*.

⁷¹ Laclau, E. *Emancipación y diferencia*, Ariel, Bs. As., 1996.

kin, resultan necesarias en todo proceso representativo, y más aún, en las sociedades contemporáneas, fuertemente fragmentadas y diferenciadas.

Haciendo mención al proceso dialéctico entre ambas dimensiones, Laclau destaca en sus últimos trabajos el rol crucial que adquiere el liderazgo, y más específicamente el “afecto” o “ligazón afectiva”, en la articulación discursiva de los representados⁷². A diferencia de las corrientes dominantes derivadas de lo que se conoce como la Teoría de la Elección Racional (Downs, Riker), el teórico argentino afirma que existe un componente estrictamente emotivo que trasciende la pura lógica de acción racional individual. Esta dimensión constitutiva se encuentra vinculada a la construcción discursiva, que, a partir de su función de formación mítica del lazo social comunitario por la vía de significantes hegemónicos, permite generar una “ligazón catexial” en torno al liderazgo popular que las instituye (Laclau, 2005a). De esta manera, a partir de la novedosa noción de ligazón catexial o afectiva que se conforma entre el líder popular que satisface de manera equivalencial las múltiples demandas sociales insatisfechas, e instaura un orden comunitario que sólo se hacía presente a través de su ausencia, el pensador argentino logra alejarse definitivamente de todo rasgo de objetivismo racional que pudiera determinar en alguna instancia la construcción de las identidades sociopolíticas. Al mismo tiempo, se acerca al análisis de la formación sociopolítica del lazo social como efecto del significante, tal como sería abordado por el psicoanálisis en su vertiente lacaniana⁷³. En cuanto a la segunda dimensión, vinculada al suplemento constitutivo que instituye lo representado sobre el representante, la noción de satisfacción de demandas insatisfechas que incorpora Laclau a partir de *La Razón populista*, le permite trascender aquellos trabajos que suelen centrarse en demasía en el proceso de construcción discursiva de las identidades por parte del representante político, lo que los lleva a olvidar, como es el caso de ciertos trabajos de Bourdieu y de Žižek, y por supuesto, del enfoque hobbesiano, la influencia que adquieren los representados por sobre los representantes⁷⁴. Como hemos señalado, según Laclau, todo liderazgo no sólo debe representar simbólicamente al conjunto de la comunidad, en el sentido de hacer presente un componente de orden ausente, sino que, además, debe satisfacer las demandas sociales efectivas de sus re-

⁷² Copjec, J. *El sexo y la eutanasia de la razón*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

⁷³ Stavrakakis, Y. *Lacan y lo político*, Prometeo, Bs. As., 2008.

⁷⁴ Laclau, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1993.

presentados. En los términos de la Ciencia Política, todo representante debe ser representativo. Sin embargo, el discurso político puede construir y reformular, además, las demandas sociales y la propia identidad política de sus representados, trascendiendo la pura lógica de representatividad expresiva de intereses previos, tal como es defendida por las corrientes liberales y procedimentalistas dominantes.

1.2. METODOLOGÍA

La metodología que abordaremos en este trabajo será predominantemente cualitativa. En particular, le otorgaremos un lugar central al método de análisis del discurso. Partimos de la premisa de que las palabras no se inscriben en el vacío, sino que influyen sobre los múltiples destinatarios, modificando sus actitudes, creencias y acciones, lo que permite la construcción o destrucción de vínculos representativos. En dicho marco, nos centraremos en el análisis exhaustivo y detallado de un corpus discursivo de alocuciones oficiales emitidas por el presidente Carlos Menem durante el período 1989-1995. Específicamente, intentamos dar cuenta del proceso de articulación de la cadena significativa que constituye el discurso menemista. Para ello, tomaremos como eje los aportes conceptuales de la Teoría de la Hegemonía de Ernesto Laclau.

En un intento de profundizar y enriquecer la comprensión y explicación (siempre parcial) de nuestro objeto de estudio, el trabajo se propone, además, operacionalizar algunas nociones cruciales derivadas de la teoría psicoanalítica en su vertiente lacaniana. Para ello, se tomarán en consideración algunas de las principales categorías de la obra de Lacan, tales como “goce” y “plus de goce”, “objeto parcial”, “ligazón catexial” y “fantasma”⁷⁵. Mediante este tipo de abordaje de carácter íntegramente exploratorio, que toma como base los aportes iniciales de Žižek⁷⁶ y, más recientemente, de Copjec⁷⁷ y Stavrakakis, se pretende complementar y enriquecer la investigación con eje en la Teoría de la Hegemonía, incluyendo algunas nociones teóricas que, pese a su crucial relevancia para comprender la modalidad de formación discursiva del lazo social, suelen ser dejadas a un lado, o bien directamente ignoradas, en los enfoques empíricos centrados en la construcción discursiva de las iden-

⁷⁵ Laclau, E. y Mouffe, C. *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 1987.

⁷⁶ Žižek, S. *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1992.

⁷⁷ Copjec, J. *El sexo y la eutanasia de la razón*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

tidades sociopolíticas. En efecto, aunque ya en los primeros trabajos de Slavoj Žižek se incluía el abordaje detallado de varios de los principales términos lacanianos, y el propio Laclau ha destacado en sus últimos textos la pertinencia de esta perspectiva de análisis como complemento de su enfoque teórico, el tema de la relación entre la teoría psicoanalítica lacaniana y la teoría/sociología política no parece adquirir interés en la aplicación teórica y metodológica de estudios de casos concretos. En ese contexto, pese a que el propio Lacan se ha referido en sus últimos Seminarios a la presencia de esta intersección entre el psicoanálisis y la filosofía política, e incluso entre el psicoanálisis y la semiótica peirceana, escasean, curiosamente, investigaciones que, en relación al caso argentino, analicen exhaustivamente el análisis político y discursivo desde un enfoque íntegramente, o predominantemente, lacaniano⁷⁸. Peor aún, con la excepción parcial del reciente trabajo de Bonnet, quien destaca algunos elementos de la Teoría de la Ideología de Žižek para abordar el proceso de la legitimación política al menemismo, no hemos hallado estudios teóricos que retomen y sistematicen en profundidad las principales categorías del psicoanálisis lacaniano, para dar cuenta de su capacidad heurística para comprender el proceso de construcción y redefinición discursiva de la identidad política menemista. En este trabajo intentaremos enmendar parcialmente esta ausencia sintomática. Para ello, haremos especial hincapié en la relevancia crucial que adquieren las nociones lacanianas de objeto parcial, el goce y plus de goce. Creemos que la operacionalización empírica de algunos de estas categorías, presentes especialmente en la última etapa post-estructuralista del pensamiento teórico lacaniano que se inicia a partir de su Seminario XVI, resultan sumamente pertinentes para contribuir a la comprensión y explicación (siempre parcial) de la constitución discursiva de las identidades sociopolíticas y, específicamente, al análisis en profundidad del discurso menemista. Ello se debe a que permiten destacar la importancia primordial que adquiere el significante, en tanto realidad plenamente material, en la construcción de lazos sociales de identificación, lazos imaginarios de unidad colectiva que, si bien contingentes y en constante lucha por redefinirse, representan vínculos estables que permiten dotar de una cierta identidad simbólica a los sujetos, contribuyendo a la construcción imaginaria de órdenes sociales que

⁷⁸ Uno de los pocos trabajos que hemos hallado es el de Biglieri y Perello (2008), quienes han trabajado varias de las nociones del lacanismo aplicadas al estudio de caso del kirchnerismo, aunque desde un enfoque freudiano que se aleja en cierto modo del nuestro.

hegemonizan discursivamente el espacio social y legitiman a los liderazgos políticos más allá de su aparente ubicación objetiva en la estructura. En dicho marco, el abordaje de algunas categorías clave del psicoanálisis lacaniano brindan algunas herramientas teóricas fundamentales que permiten trascender el análisis puramente racionalista y cientificista que puede hallarse en la mayoría de los enfoques dominantes de la Ciencia Política de origen anglosajona. Creemos, además, que la aplicación empírica de sus principales categorías, permite contribuir a una mayor inteligibilidad del componente y modalidad de identificación afectiva en torno al liderazgo político y al goce como factor político que sobredetermina al conjunto de los discursos sociales. Como destaca en un esclarecedor análisis Stavrakakis, el psicoanálisis lacaniano comparte con la teoría de la hegemonía su noción acerca de la imposibilidad de constituir una sociedad carente de fallas. Al mismo tiempo, sin embargo, existe un deseo eterno de alcanzar el Uno-todo, que sólo puede ser representado mediante la lógica del significante y la identificación en torno a objetos parciales que sustituyen la ausencia de “relación sexual”. Finalmente, al igual que en el enfoque laclausiano, esta unidad imaginaria que instituye el orden simbólico, en tanto realidad material, está atravesado por la imposibilidad constitutiva, lo Real, que emerge de la realidad social estructurada para mostrar sus límites inmanentes. De este modo, la identificación con el orden significante es necesaria y, al mismo tiempo, imposible por definición.

En lo que refiere de forma específica a nuestro objeto de estudio, entendemos que la aplicación de algunas de estas categorías de análisis al caso argentino en los '90, nos serán de gran utilidad para dar cuenta de la forma de identificación afectiva en torno al discurso político de Carlos Menem. Sostenemos que se trata de una modalidad de investidura catexial que, como intentaremos demostrar de forma aproximada, se encuentra mediada por el Régimen socioeconómico, en tanto significante nodal que suple la imposibilidad de la relación sexual. En dicho marco, que por supuesto se halla inserto dentro de un particular discurso hegemónico de legitimación social que le otorga significación en su uso contextual, y de allí que no podamos referirnos a un vínculo político meramente instrumental, afirmamos que el 1 a 1 funcionará como un objeto parcial que, en su función de vaciamiento y articulación de diversas demandas sociales equivalenciales, permitirá articular y consolidar la hegemonía discursiva del espacio social, conformando una afectividad catexial en torno al

liderazgo de Carlos Menem que contribuirá a explicar el respaldo social a su discurso, sustituyendo la inicial metonimia, hasta convertirse en una metáfora de ese vínculo.

2. CONTEXTO DE EMERGENCIA DEL DISCURSO MENEMISTA

El contexto de emergencia del discurso menemista nos remite, indefectiblemente, a comienzos de 1989, momento de recrudecimiento de lo que en los hechos era una pugna distributiva entre la fracción de los acreedores externos, que querían implementar los ajustes estructurales que venían defendiendo desde mediados de los años '80, y los grandes grupos empresariales nacionales y transnacionales (la llamada "Patria contratista"), que pretendían que continuara la transferencia de recursos de los tradicionales regímenes de promoción industrial y los sobrepagos otorgados en los contratos con el Estado. En ese contexto de disputa hegemónica, y frente al temor a lo que parecía el triunfo seguro del candidato peronista frente a un adversario, Eduardo Angeloz, que defendía a rajatabla un discurso neoliberal, el 7 de febrero de 1989 se inició una "corrida" bancaria que terminó incrementando fuertemente el tipo de cambio y, en la misma medida, se tradujo en un incremento equivalente del nivel de precios hacia principios de abril. En dichas circunstancias caóticas, el 14 de mayo de 1989 se llevarán a cabo las elecciones nacionales. La fórmula del peronismo, conformada por la dupla Carlos Menem-Eduardo Duhalde (que había vencido previamente, con el 53,4% de los votos, a Cafiero- De la Sota en las elecciones internas realizadas el 9 de julio de 1988), resultó vencedora con el 47,51% frente al 32,45% de la fórmula radical, Angeloz-Casella⁷⁹.

La sorpresiva elección del nuevo gobierno peronista que prometía "Cambiar la Historia", lejos de moderar los ánimos, potenciaría la crisis. En ese marco, signado por una fuerte caída en el nivel salarial y en la ocupación, se producirá un nuevo incremento masivo de los precios, lo que, a su vez, potenciará los conflictos sociales. En esa situación caótica, que dejará un saldo acumulado de 14 muertos, 80 heridos y 21 detenidos, Alfonsín presentará su renuncia indeclinable y el 8 de julio de 1989, cinco meses antes de finalizar el plazo constitucional, se producirá el traspaso del mando.

⁷⁹ El Gobierno, además, triunfará en casi todas las provincias con excepción de Capital, Córdoba, Salta y Chubut, alcanzando mayoría propia en el Senado y un porcentaje cercano en Diputados (*Clarín*, 15/05/89).

2.1. EL GIRO DE “180 GRADOS”

En medio de una hiperinflación inédita en la historia del país, con índices que llegarán a 114,5% en junio de 1989, sumando un total de 613% en sólo 6 meses, y mientras los trabajadores esperaban el prometido “Salariozo” y la “Revolución Productiva”, Menem emprendió un “giro de 180 grados”, tal como él mismo lo definió. Con el respaldo de los grandes empresarios del capital transnacional, expresado en la incorporación de directivos del grupo Bunge & Born, y del ingeniero Álvaro Alsogaray, símbolo del liberalismo económico argentino, gran parte del campo sindical y partidario, y también de los Estados Unidos, con cuya política exterior se alineó al punto tal de constituir unas inéditas “relaciones carnales”, se dedicó a aplicar el recetario neoliberal.

A pesar de esta profunda transformación en relación a las banderas tradicionalmente asociadas al peronismo, que muchos denunciaron como una verdadera “traición” al histórico partido-movimiento, el presidente argentino logrará evitar una ruptura inmediata con su electorado, e incluso mantendrá, y hasta ampliará en el tiempo, el respaldo al ajuste en gran parte de los principales afectados: los sectores populares. ¿Qué es lo que permitió mantener este respaldo popular? Se han ensayado muchas respuestas a esta vital pregunta desde las Ciencias Sociales. Una de las más interesantes es la que hace hincapié en el contexto sociohistórico y cultural en el que asume, signado por el caos hiperinflacionario y los saqueos a supermercados y comercios. En ese marco, el menemismo se habría constituido en un “discurso hobbesiano de superación del caos” que garantizó un principio de orden y la recuperación de la autoridad pública. En una variante de este enfoque, el caos hiperinflacionario habría permitido la formación de un “consenso de fuga hacia adelante”. Este tipo de consenso social, cuyo rasgo principal consiste en que los costos de continuar con las reformas estructurales se perciben como inferiores a los de retroceder al caótico pasado hiperinflacionario, habría creado las condiciones favorables para que un liderazgo de tipo decisionista⁸⁰, primero señale el nuevo camino y luego construya una operación política que le permitiría obtener la delegación de poderes a cambio del restablecimiento del orden, la seguridad y la certidumbre.

⁸⁰ Desde un enfoque diferente, algunos influyentes trabajos se refieren a la presencia de un liderazgo “delegativo”, en el que se deja a un lado todo rasgo de dimensión representativa, para que el líder decida cómo debe actuar para solucionar la crisis (véase al respecto O’Donnell, 1992).

Sin dejar de reconocer la indudable y crucial importancia que tuvo el temor al regreso a la hiperinflación para legitimar el discurso menemista, y su función de violento disciplinamiento social, debemos recordar, en primer lugar, los vaivenes con los que tendrá que lidiar el menemismo hasta lograr la estabilización efectiva de la economía y de la situación social. En efecto, durante los primeros meses, los diferentes Ministros de Economía (Miguel Ángel Roig, Néstor Rapanelli y Erman González) tratarán de controlar la inflación con políticas de diverso calibre ideológico. Sin embargo, el Gobierno no logrará dominar del todo la inflación⁸¹, e incluso experimentará un nuevo episodio hiperinflacionario y el retorno a los conflictos sociales, saqueos y desabastecimiento de productos. En ese contexto, entendemos que la hiperinflación fue sólo una condición de posibilidad para conformar la hegemonía menemista, un proceso que sólo se consolidaría discursivamente a partir de la implementación y el éxito del Plan de Convertibilidad de abril de 1991. Este Plan, como veremos, le permitirá al discurso menemista trascender el puro orden hobbesiano o decisionista, articulando y consolidando el respaldo social a su Gobierno.

3. LA CONSOLIDACIÓN DEL NUEVO ORDEN

3.1. LA INSTAURACIÓN DEL PLAN DE CONVERTIBILIDAD

En medio de un inesperado retorno a la hiperinflación, lo que a su vez potenciaría el grado de conflictividad social en contra del ajuste neoliberal del menemismo, a comienzos de 1991 asumirá como nuevo Ministro de Economía Domingo Cavallo, quien, aprovechando el elevado nivel de reservas que fuera legado del Ministerio anterior, propondrá implantar un sistema de paridad cambiaria fija de la moneda nacional, por entonces el Austral, con el dólar estadounidense. La llamada Ley de Convertibilidad, en vigencia a partir del 1 de abril de 1991, obligaba al Gobierno a que hubiere una equivalencia absoluta entre la base monetaria y las reservas de oro y divisas en poder del Banco Central. Al mismo tiempo, impedía emitir moneda que superara el respaldo total en reservas. Dado que el tipo de cambio estaba evidentemente sobrevaluado, el Estado se vio en la obligación de buscar fuentes de financiamiento externo que permitieran el ingreso masivo de divisas. Este déficit lo resolvió,

⁸¹ Mientras que en 1989 la inflación había sido de un 4.923,6% anual, durante 1990, si bien se reducirá sensiblemente, sumará un total de 1.343,9% (INDEC, 1998).

en un primer momento, desprendiéndose de gran parte de las empresas públicas⁸², liberalizando, desregulando y flexibilizando el comercio y las finanzas para fomentar el ingreso de inversiones externas, y luego, básicamente, a través del endeudamiento externo con los organismos multilaterales de crédito. Como ha sido destacado, el régimen cambiario implicaba una verdadera reforma estructural que actuaba como divisoria de aguas, al estar íntimamente vinculada a una multiplicidad de políticas que permitían, y a su vez resultaban funcionales, a su sostenimiento⁸³. En este sentido, aunque no necesariamente el Plan de estabilización (Ley de Convertibilidad) y las reformas estructurales (privatizaciones, desregulación, apertura comercial y financiera) se hallaban integradas a priori, siendo dos políticas económicas diferenciales, la funcionalidad y organicidad adquirida entre ambas y la insistencia desde los núcleos de poder político y empresarial local e internacional sobre la necesidad de entenderlas como un conjunto homogéneo e integrado, nos permiten denominarlo, y así lo haremos desde ahora, como un Plan o Régimen de Convertibilidad.

Con los recursos económicos provenientes de las privatizaciones y el ingreso de inversiones externas, en el marco de la apertura comercial asimétrica y las expectativas positivas generadas por la institucionalización de la ley, el Plan de Convertibilidad comenzó a dar paulatinamente sus primeros frutos: se produjo una importante desaceleración inflacionaria, las firmas cesaron las remarcaciones preventivas de precios, los depósitos comenzaron a retornar a los bancos y reapareció el crédito. De este modo, más aún a partir de la desaparición del “impuesto inflacionario”, el poder de compra de las masas urbanas logró expandirse de manera creciente y la estabilidad se tradujo en una fuerte reactivación económica y social. En ese contexto de fuerte motorización de la demanda interna, el consumo y la inversión, estimulados por el abaratamiento del dólar y la reducción de las tasas de interés, el Presidente logrará incrementar considerablemente su legitimidad, articulando y consolidando una sólida y heterogénea hegemonía. A continuación veremos, a la luz del enfoque laclausiano, el proceso por el cual el 1 a 1 logrará “vaciar” discursivamente hasta articular y consolidar esa cadena de equivalencias hegemónica que ya fuera conformada de

⁸² Este proceso de reforma ya había comenzado a gestarse desde mediados de 1989, a partir de la aprobación de las leyes de Reforma del Estado (Ley 23.696) y Emergencia Económica (Ley 23.697). Al respecto, véase Gerchunoff y Torre (1996).

⁸³ Azpiazu, D. “La industria argentina ante la privatización, la desregulación y la apertura asimétricas de la economía. La creciente polarización del poder económico”, D. Azpiazu y H. Nochteff (comps.), *El Desarrollo ausente*, Tesis-Norma-FLACSO, Buenos Aires, 1995.

forma frágil en 1989. En ese marco, dejando de lado el proceso de articulación sociopolítica, haremos hincapié en la modalidad específica de construcción sociosemiótica de la cadena significativa en torno al Régimen de Convertibilidad y su función de configuración política de una sólida relación hegemónica durante el período 1991-1995⁸⁴.

3.2. EL “VACIAMIENTO” DEL SIGNIFICANTE CONVERTIBILIDAD

El significado de un significante, ahí donde enganchamos algo que puede parecerse a un sentido, viene siempre del lugar que el mismo significante ocupa en otro discurso.

Jacques Lacan, *Seminario XVII, El reverso del psicoanálisis*

Como señala Laclau, basándose en los aportes de la lingüística estructural de Ferdinand De Saussure, las identidades son puramente relacionales. Esto quiere decir que toda identidad se forma en relación a otra identidad y, por lo tanto, es diferencial a ella. Ahora bien, a diferencia de aquel, quien creía que las diferencias se constituyen dentro de un mismo sistema, Laclau sostiene que el espacio relacional nunca logra constituirse como tal. Toda construcción identitaria presupone, por lo tanto, una serie de límites que se encuentran excluidos del mismo. Estos límites constituyen lo que denomina una “frontera de exclusión”. En esta frontera que se delimita, todos los elementos que la componen son equivalentes entre sí, en la medida en que todos se forman como exclusión de una primera identidad. Sin embargo, prosigue Laclau, diferente es la cuestión si el sistema, constituido a través de la “exclusión radical”, intenta transformar en equivalentes las diferencias positivas que lo constituyen. Esto anuncia el surgimiento de lo que el autor denomina un “significante vacío”.

Según Laclau, la condición para que esta operación sea posible es que lo que está más allá de la frontera de exclusión sea reducido a la “pura negatividad”, es decir, a la “pura amenaza” que ese más allá presenta a las diferencias interiores del sistema. Pero las categorías excluidas, para lograr constituirse en los significantes de lo excluido, tienen que can-

⁸⁴ En este trabajo nos hemos visto obligados, por una cuestión espacial, a dejar a un lado el análisis pormenorizado de la articulación discursiva de la coalición de apoyo al menemismo, que incluyó la articulación política de amplios sectores sociales (desde sectores populares, hasta estratos altos tradicionalmente antiperonistas), así como la articulación organizacional de una porción del sindicalismo y de los grandes empresarios en torno al Régimen de Convertibilidad.

celar sus diferencias a través de la formación de una “cadena de equivalencias” de aquello que el sistema “demoniza” a los efectos de poder significarse a sí misma. La última condición, en este sentido, es que las diferencias antagónicas que separan a los dos sistemas formen dos campos irreductibles estructurados alrededor de dos cadenas equivalenciales que sean incompatibles entre sí. De este modo, la frontera de exclusión, pese a conformar una “amenaza externa” que hace imposible la constitución del sistema, resulta, a su vez, condición necesaria para constituir la propia identidad.

En resumidas cuentas, un significante vacío se forma mediante la constitución de una cadena de equivalencias a partir de una dispersión de demandas fragmentadas que se unifican en un “punto nodal” o “punto de capiton” que actúa como contraposición a otra cadena de equivalencias amenazante del sistema. ¿Y cuál es la importancia que adquieren estos significantes vacíos? Laclau parte de la base de que lo que llamamos sociedad es, en realidad, la ficción del deseo de “suturar” una estructura que se encuentra necesariamente ausente. En otras palabras, parte de la idea, basada en el psicoanálisis lacaniano, de que existe un espacio de relaciones entre individuos y grupos que desean alcanzar una sociedad unificada, el Uno lacaniano. Sin embargo, dado que, como destaca Lacan, no hay “relación sexual”, lo que tenemos, en realidad, es una “totalidad fallada”, el sitio de una “plenitud inalcanzable”⁸⁵. La función que cumplen estos significantes (palabras, imágenes) reside, precisamente, en que, pese a que representan una particularidad, actúan simbólicamente refiriéndose a la cadena equivalencial como una totalidad. De este modo, cumplen la función política de generar un “cierre” de la comunidad. Esta “clausura” de todo el espacio social, pese a ser estructuralmente imposible, resulta, como veremos luego con más detenimiento, necesaria y, más aún, indispensable, para constituir toda identidad política hegemónica.

⁸⁵ Desde la perspectiva de Laclau, no existe ninguna “aprehensión conceptual pura”. De este modo, el autor argentino se aleja de la mayoría de los análisis marxistas, comenzando por el propio Marx, quienes, con la importante excepción parcial de Gramsci y de Sorel, creían que existen intereses objetivos de clase constituidos a priori. Según Laclau, no existe ningún grupo o clase social que exista previamente como reflejo, autonomía relativa o determinación en última instancia de la base material. Lo mismo ocurre con la determinación de la Razón, como creía la Ilustración y llegaría a su máxima expresión en el “panlogicismo” de Hegel. En este sentido, Laclau, si bien reconoce, a diferencia de textos anteriores, la “centralidad de los procesos económicos en las sociedades capitalistas” debido a la “importancia de la reproducción material de la sociedad”, además de otorgarle una particular importancia a la construcción discursiva, niega que exista algún elemento que sobredetermine por sí mismo. Aquí podemos encontrar antecedentes que remiten a Schmitt. En efecto, este autor creía que “lo político puede extraer su fuerza de los ámbitos más diversos de la vida humana, de antagonismos religiosos, económicos, morales, etc.”. Sin embargo, agrega, actualmente asistimos a una “economificación” en la que las categorías centrales son “la producción y el consumo”.

Antes de emprender el análisis empírico, resulta pertinente indagar acerca de los orígenes de este enfoque. Como dijimos, el mismo nos remite en primer lugar a Ferdinand de Saussure. En efecto, Saussure, creador de la lingüística estructuralista, partía de la base de que existe una relación de “arbitrariedad” entre el significante (la imagen acústica o palabra) y el significado (el concepto concreto). Esto quiere decir que un significante no tiene una relación causal con un significado, sino que la relación es arbitraria. La noción de “asociación libre”, base del psicoanálisis freudiano, continuaría con esta tesis a partir de la particularidad observada en los sueños. Sin embargo, deberemos esperar hasta Lacan para observar un intento de retomar y trascender este enfoque. Lo que nos dirá Lacan, es que existen indefinidas imágenes o representaciones que se pueden asociar a un mismo concepto y que, más relevante aún, esas múltiples imágenes o palabras, que denomina, siguiendo a Saussure, como significantes, son más importantes que el propio concepto o significado en sí. En otras palabras, a partir de

Lacan, el significante adquirirá primacía absoluta sobre el significado (S/s)⁸⁶. Ahora bien, ¿qué entiende Lacan por la noción de significante? En su famosa definición, el célebre psicoanalista dirá que “un significante representa al sujeto para otro significante” (Lacan, 2006). Esto quiere decir que la simbolización del significante sólo puede ser entendido en relación a otro significante. De nuevo vemos la impronta saussuriana aquí. En efecto, para Saussure la lengua debe ser entendida como un sistema relacionado de signos, y cada uno de ellos sólo se reconoce en su diferencialidad con los otros signos. Sin embargo, Lacan irá más allá del estructuralismo del lingüista francés. Particularmente en su *Seminario XVII*, conocido como *El reverso del psicoanálisis*, el célebre psicoanalista francés llevará a cabo una reinterpretación de la teoría freudiana que debe ser entendido, a nuestro entender, como un antecedente inmediato de la obra de Laclau.

Veamos: nos dice allí Lacan que los significantes que adquieren sentido en su relación común forman entre sí una “cadena equivalencial”. A esta cadena equivalencial, que en otros textos denominara “cadena significante” (Lacan, 1987: 246, 2003: 24), y que corresponde obviamente a lo que Laclau denomina “cadena de equivalencias”, Lacan lo define como S2. Existe, sin embargo, un significante que adquiere preeminencia en esa cadena. Ese

⁸⁶ Para un análisis más detallado del particular, véase Dor (1997).

“significante primordial” (Lacan, 1987: 259), que en un trabajo anterior denominara “punto nodal” (Lacan, 1987: 160), y, poco después, “significante sin significado” (Seminario II), lo define ahora como el “Significante Amo” o S1 (Lacan, 2006).

Tenemos, entonces, la presencia de un significante Amo (S1), correspondiente al “significante vacío” de Laclau, que “interviene” sobre una cadena o “batería significativa” (S2), unificándola. En palabras de Lacan:

S1 debe considerarse como el significante que interviene. Interviene sobre una batería significativa que nunca, de ningún modo, tenemos derecho a considerar como dispersa, como si no formara ya la red de lo que llamamos un saber (Lacan, 2006: 11).

De este modo, el significante Amo cumple la función de representar, o mejor dicho “sobredeterminar” (Lacan, 1971-1972, 2003: 420, 431), a la cadena en su totalidad. Esto es lo que Lacan denomina el “punto de almohadillado” (Lacan, 2006: 205), y corresponde, precisamente, a la función de vaciamiento tendencial del significante que analiza Laclau, en tanto elemento sobredeterminante que condensa por sí mismo la cadena de significantes (Laclau y Mouffe, 1987).

Ahora bien, Lacan se aleja del estructuralismo saussuriano al afirmar que un sistema no puede constituirse de manera plena o “armónica”, ya que siempre existe una “falta” que es constitutiva. Según Lacan: “La identificación del yo con el otro en el sujeto tiene como efecto que esta distribución no constituya nunca una armonía ni siquiera cinética, sino que se instituye sobre el “tú o yo” (Lacan, 2003: 411).

Una vez que se produce la castración, que para Lacan, a diferencia de Freud, es puramente simbólica (Lacan, 2006), el sujeto se encuentra para siempre “barrado” (barré), es decir, que lleva junto a sí una “falta” estructural que le impide constituirse plenamente como tal (\$). Por lo tanto, el significante Amo no representa “fielmente” al sujeto, sino que lo representa y, a la vez, no lo representa:

En algún modo, todos los significantes son equivalentes, porque sólo juegan con la diferencia de cada uno respecto de todos los demás, por

el hecho de no ser los otros significantes. Pero por eso también cada uno de ellos es capaz de adquirir la posición del significante Amo, precisamente por lo siguiente, porque su función eventual es representar a un sujeto para cualquier otro significante. Así es como siempre lo he definido. Sólo que el sujeto que representa no es unívoco. Está representado, sin duda, pero también no está representado (Lacan, 2006: 93).

Esta imposibilidad estructural del sujeto de la plenitud, esta “hiancia congénita del hombre” (Lacan, 2003: 398) que, como lo destacara Derrida (1989), impide que se haga “plena presencia” mediante la representación transparente del significante Amo, es a lo que se refiere Lacan cuando señala polémicamente que “no hay relación sexual” (Lacan, 2006, 2008), y de idéntico modo lo metaforiza Laclau cuando se refiere a “la imposibilidad de la sociedad” (Laclau y Mouffe, 1987, Laclau, 1993). Sin embargo, sabemos, desde las aporías derridianas, que esa imposibilidad constitutiva resulta, al mismo tiempo, estructuralmente necesaria, ya que, aunque siempre fracasa en última instancia, permite de algún modo realizar la totalidad añorada del vínculo con el objeto primordial que es la madre (la Cosa), en tanto se encuentra perdida (Laclau, 2005a; Copjec, 2006). En efecto, desde la corriente lacaniana, el significante cumple la función de “formalizar el lazo social” (Álvarez, 2006; Lacan, 1971-1972, 2006, 2008), a partir de que hace presente, unificando imaginariamente por la vía de lo simbólico, a la comunidad ausente. En palabras de Lacan: “El significante es unidad por ser único, no siendo por su naturaleza sino símbolo de una ausencia” (Lacan, 2003: 18). En ese contexto, y retomando las palabras de Laclau (1996), su imposibilidad no impide que a través del significante vacío alcance, siempre de forma precaria y parcial, el “orden de la comunidad” ausente.

Recapitulando lo visto hasta aquí, pudimos observar la importancia que adquiere, tanto desde el enfoque inicial lacaniano, como desde la apropiación laclausiana, el discurso, por la vía del significante, en la constitución de un cierto lazo social que vincula imaginariamente a los individuos entre sí. Desde este enfoque, el discurso, lejos de ser secundario o “superestructural”, como pretendería el marxismo ortodoxo y el racionalismo cuantitativista heredero del conductismo, es lo que permite constituir a los sujetos como tales. En los

términos lacanianos, el orden simbólico es el componente que permite conformar imaginariamente el lazo social colectivo (Álvarez, 2006). En ese contexto, se abre un vasto campo de análisis de la intersección entre la teoría política, la sociología y psicoanálisis laciano, para dar cuenta de las determinaciones significantes en casos concretos y empíricos de estudio que permitan dar cuenta de esta formación de una “comunidad imaginada”. Siguiendo estos postulados básicos, retomemos ahora esta perspectiva exploratoria para dar cuenta, entonces, de su aplicación empírica en relación al análisis del discurso menemista.

Como dijimos anteriormente, durante los primeros meses de Gobierno, a pesar de que las aguas se habían calmado, el regreso del fantasma de la hiperinflación y del desborde social continuaba acechando. En ese contexto, el Orden no se expresaba más que como una “ausente plenitud de la comunidad” (Laclau, 1996: 104), como una “falta constitutiva” (Laclau, 1996: 114) que ningún objeto podía “llenar”. El 1 de abril de 1991 marcaría, sin embargo, el inicio de una profunda transformación, en el momento en que entrase en vigencia la llamada Ley de Convertibilidad. Esta ley, que en realidad actuaba discursivamente, como dijimos, como un Plan más amplio, marcará un punto de inflexión, al lograr el control definitivo de la hiperinflación. Discursivamente, la importancia de la paridad cambiaria se hará presente el 1 de mayo de 1991, cuando el Presidente se refiera por primera vez a los efectos del Plan:

En materia económica estamos sentando las bases para la concreción sostenida y firme de la equidad y de la justicia social [...]. En este contexto, hemos puesto en marcha el Plan de Convertibilidad, que inaugura una nueva y decisiva etapa de nuestra administración [...]. A pesar de los innumerables vaivenes políticos, estamos otorgándole un marco institucional a las reformas de fondo de nuestro país [...]. Estamos estabilizando la economía. Estamos eliminando la causa más cruel y salvaje de injusticia social, que residió en el impuesto inflacionario, pagado por los sectores más humildes. Ha renacido el crédito en la Argentina. Han bajado las tasas de interés a niveles internacionales. Comenzamos a recomponer los salarios de una manera paulatina en términos reales. Generamos condiciones para que se incre-

mente la creación de nuevos puestos de trabajo, a través de la removilización de nuestro aparato productivo. Se han terminado las oportunidades de especulación de los actores económicos [...]. Es una auténtica economía popular, insisto popular, de mercado (01/05/91: 107-108)⁸⁷.

Este nuevo orden, la “economía popular” o “economía social de mercado”, logrará, en primer lugar, satisfacer la demanda social de “governabilidad política”, en contraposición al “caos” social de los saqueos y la hiperinflación. Sin embargo, en un primer momento, el Gobierno tendrá serias dificultades en controlar los índices inflacionarios, e incluso deberá lidiar, hacia fines de 1989 y comienzos de 1990, con una nueva escalada hiperinflacionaria. De todas maneras, incluso en medio de esa crisis, que se verá acompañada de nuevos “asaltos” a supermercados y comercios de todo el país, el Presidente hará mención a la situación de “caos” que había recibido de su antecesor, con una “hiperinflación impresionante”, “explosiones sociales” y “gente armada en las casas defendiendo su propiedad”. Así, a comienzo de 1990, dirá:

Soy el Presidente de un país que he recibido en estado de hiperinflación impresionante, con explosiones sociales, con gente armada en las casas defendiendo su propiedad, en un tiempo que no era el nuestro y estamos evidentemente, con muchos problemas, pero saliendo de esta situación difícil (*Clarín*, 06/02/90).

Hemos puesto en marcha un programa de Gobierno, especialmente en el campo de lo económico, durísimo, para revertir una situación de crisis y de caos que, reitero, hemos heredado antes de tiempo (*Clarín*, 19/01/90).

⁸⁷ Los discursos citados a partir de aquí, salvo expresa aclaración, corresponden a Discursos oficiales enunciados por el presidente Carlos Menem.

Poco después, en medio de una nueva escalada en los precios, con índices que alcanzarán un alarmante 15,7% en septiembre de ese mismo año (*Página 12*, 09/10/90), el Presidente se referirá, nuevamente, a que “en julio de año pasado heredamos un muerto que, con mucho trabajo, estamos haciendo revivir” (*Página 12*, 20/10/90).

Será recién a partir del rápido éxito del Plan de Convertibilidad, que el Gobierno logrará controlar la situación de “caos total” y “disolución de lo social” en la que había asumido el poder. En ese contexto, el discurso menemista edificará una amplia cadena equivalencial interna constituida por los significantes “país civilizado” y “en vías de crecimiento”, que trazaba una “frontera de exclusión” en relación a una cadena de equivalencias externa representada por los significantes “caos” = “disgregación” = “ingobernabilidad” = “guerra civil”, todos elementos relacionados con los episodios de 1989:

Yo simplemente les pido que, con una mano sobre el corazón, pensemos donde estábamos hace dos años nada más. Al borde de la guerra civil, y hoy, gracias a dios, tenemos un país civilizado y en vías de crecimiento (08/07/91: 34).

En 1989, cuando asumí la conducción de la República Argentina, estábamos, como todo el mundo lo sabe, en un verdadero caos. Una inflación anual de cerca del 26.000% (sic.), la inexistencia de moneda, una desocupación galopante, varios conflictos en las calles, asaltos a supermercados, una deuda externa y una deuda interna de las cuales no sabíamos el monto y problemas a nivel internacional [...]. Una serie de situaciones que había que corregir porque el sistema se había hecho ingobernable. (En ese contexto) el ex presidente de la Nación (Raúl Alfonsín) me pidió que me hiciera cargo del Gobierno, al igual que empresarios y sindicalistas y el pueblo argentino, con 6 meses de anticipación (10/08/92: 118).

En menos de tres años hemos superado una situación de emergencia permanente, con un caos total [...]. Sé que tuvimos que tramitar mo-

mentos muy duros, pero ese trámite por un camino plagado de inconvenientes, ya ha empezado a dar sus frutos. Hemos vivido de emergencia en emergencia. No podemos ser tan cortos de memoria para olvidarnos lo que Argentina ha vivido en las últimas décadas. No podemos ser tan rápidos y alegres en nuestros juicios sin tener en cuenta lo que hemos tenido que vivir en aquéllos tiempos. No podemos olvidar la historia [...]. Historias que llevaron a la República Argentina al borde de la disgregación (01/07/92: 16-17).

Como destaca Hugo Quiroga (2005), la moneda no es sólo el producto de un proceso vinculado con el intercambio mercantil que actúa como equivalente general, sino que constituye también, dentro de un contexto discursivo particular que le otorga un sentido, una institución social que contribuye a cohesionar simbólicamente a la sociedad. En otras palabras, la construcción del discurso político permite, tal como lo había notado Simmel, que la moneda exceda su configuración como un simple equivalente de mercancías, para constituirse en un elemento simbólico que contribuye a integrar imaginariamente el lazo social comunitario. En este sentido, en los términos que venimos utilizando, la moneda excede por mucho su significado concreto para convertirse en un significante que, en su pura función política, permite instituir lo social (Laclau, 2005a: 150), es decir, articular múltiples relaciones sociales en un campo signado por antagonismos constitutivos (Laclau y Mouffe, 1987: 195). Pero si el vértigo ante la hiperinflación hacía demandar un líder “decisionista” y “ejecutivo” (Novaro, 1994; Palermo y Novaro, 1996) o un “discurso hobbesiano” (Aboy Carlés, 2001) que garantizara principalmente el reestablecimiento del orden público frente al “caos” y la amenaza de “disolución de lo social”⁸⁸, las demandas sociales excedían por mucho esta cuestión. En efecto, como lo demuestran las encuestas⁸⁹, más importante que el reestablecimiento de una “autoridad política” que otorgara “protección”, resultaba aún la deman-

⁸⁸ Schmitt, al igual que Hobbes, sostiene que todo Estado se basa, primordialmente, en “una pacificación completa, esto es, en procurar paz, seguridad y orden”, ya que “no hay subordinación ni jerarquía, no hay legitimidad ni legalidad fuera del nexo de protección y obediencia” (Schmitt, 1987: 75 y 81). En ese marco, hace hincapié en la importancia de un líder decisionista que actúe en los “momentos de excepción” con el objeto de recuperar el orden ausente.

⁸⁹ En efecto, encuestas realizadas poco después de las elecciones muestran que un 64,7% de los votantes de Menem lo habían elegido para que solucionara la crisis económica (*Página 12*, 28/05/89).

da social de un liderazgo que produjera cambios económicos visibles para afrontar el peligro acechante de la inestabilidad socioeconómica. Consciente de esta presencia dominante de una pluralidad de “demandas sociales insatisfechas” (Laclau, 2005a, 2005b), sobre todo en los sectores populares, vinculada a la necesidad de solucionar como sea los efectos regresivos de la feroz crisis económica, ya desde su llegada al poder, el discurso de Menem trazará una marcada alteridad discursiva con respecto al “enemigo de la justicia social” que representaba el “impuesto inflacionario”⁹⁰:

Entiéndase bien: la primera y fundamental batalla que deberá ganar esta economía de emergencia, es la batalla contra la hiperinflación. El principal enemigo contra la justicia social es la hiperinflación, que devora salarios y bienestar en millones de hogares argentinos (09/07/89: 17).

(A)l hacernos cargo del Gobierno, nuestro primer objetivo fue combatir el más injusto impuesto que recaía no tan sólo sobre los jubilados, sino sobre toda la sociedad argentina: largos períodos de inflación y, además, como si esto fuera poco, una hiperinflación que dejó al país, cuando nosotros asumimos la responsabilidad de conducir su destino, con más de un 200% mensual y cerca del 3.000% anual de inflación (03/07/91: 18).

(E)l fantasma de la hiperinflación se transformó durante décadas en el impuesto más regresivo e injusto entre los argentinos (19/07/91).

En contraposición al “fantasma” de la hiperinflación, que representaba el “peor impuesto que teníamos”, el éxito del Plan de Convertibilidad, al estabilizar plenamente la economía, permitirá terminar en los hechos con ese “cáncer voraz”:

⁹⁰ A partir de aquí, seguimos algunas cuestiones desarrolladas en Fair (2009d).

(N)uestro Gobierno ha puesto límite a un cáncer voraz que, al tiempo que distorsiona la economía misma, la contamina con un vocabulario ocultista. Este proceso ahuyenta toda posibilidad de confianza de nuestra sociedad. Me refiero concretamente a la hiperinflación (07/06/91: 170).

Basta volver a 1989, con un proceso hiperinflacionario impresionante, con empleados de comercio que antes de vender se dedicaban a remarcar, porque de un día para otro, la inflación superaba todo. Era el peor impuesto que teníamos, y fíjense que, después de muchos años, en este mes la inflación no ha superado el 2,6% y en cuanto a los precios mayoristas es récord en los últimos 30 años, con el 0,4%; de la construcción, el 0,1%, y se está reactivando la economía en la República Argentina (05/08/91: 95-96).

De este modo, el Presidente alcanzará algo que “parecía casi imposible”: el “logro histórico” de la “estabilidad económica”:

(E)ste Presidente [...] nos ha llevado a la conquista de algo que parecía casi imposible para esta Argentina: la estabilidad económica. En este país aparentemente agotado en marchas y contramarchas, de ineptitud funcionarial, de inmoralidad administrativa, la estabilidad constituye un logro histórico. Así, derrotamos la hiperinflación y tomamos por las astas un Estado herrumboso para transformarlo eficientemente. Las arcas vacías comenzaron a llenarse con la recaudación fiscal. La moneda empezó a tener valor real, luego de años de haber sido papel de colores. En definitiva, resucitamos un país que parecía condenado al olvido de los que viven dentro y fuera de él (29/08/91: 159).

La Ley de Convertibilidad ha otorgado estabilidad a la economía argentina, manteniendo una paridad cambiaria que no sufre alteraciones, y registrando los índices de inflación más bajos de hace muchísimos años (18/11/91: 126).

Esta estabilización monetaria beneficiará sobre todo a los sectores populares. En efecto, eran aquellos los que más se veían perjudicados por el incremento diario de los precios, ya que, a diferencia de los sectores más acomodados, trasladaban en mayor medida que los demás sectores una porción importante de sus ingresos a la compra de productos de primera necesidad. En ese contexto, el Presidente se referirá a la importancia que tenía para los sectores más desfavorecidos el haber logrado mantener estable el precio de las mercaderías. En sus palabras:

(E)stabilidad: esa estabilidad, que le permite a usted señora, comprar una mercadería a un peso, e ir al día siguiente y comprarla quizás a un peso o a noventa centavos. Esta es la realidad actual en la República Argentina (22/01/93).

Pero además de concluir con el histórico “impuesto inflacionario”, la estabilidad económica beneficiaba en mayor medida a los sectores populares, en tanto permitía terminar con los tradicionales “hábitus” de resguardo preventivo de la desvalorización de la moneda nacional que se hallaban parcialmente sedimentados. En efecto, en el contexto signado por diversas experiencias históricas de hiperinflación y devaluación monetaria, existía un hábito largamente arraigado en la población que llevaba a amplios sectores sociales, en particular a los sectores más poderosos, quienes tenían un mayor respaldo económico y una mayor capacidad de acceso a las finanzas, a resguardarse de la rápida pérdida de sus ingresos mediante la dolarización, y en algunos casos valorización financiera, de sus activos, lo que a su vez potenciaba aún más el escaso valor de la moneda nacional e incrementada los índices de desigualdad social. Por otra parte, la creciente pérdida del valor monetario llevaba a amplios sectores sociales a remarcar preventivamente las mercaderías y a resguardarse de los incrementos de precios mediante la carga anticipada de combustible. Sin embargo,

a partir del éxito del 1 a 1, con la consiguiente estabilización efectiva de la economía, la sociedad en su conjunto podía observar en su práctica cotidiana concreta que se habían terminado definitivamente aquellas prácticas corrientes del período alfonsinista basadas en el desabastecimiento de combustibles, la remarcación diaria de mercaderías y la compra de divisas para resguardarse de la inflación:

Cualquiera de ustedes me puede responder rápidamente a cuánto paga la nafta ahora y a cuánto la pagaba dos años atrás. El mismo precio. O por ahí, algunos productos de la canasta familiar. El mismo precio. ¿Recuerdan ustedes en 1989 las colas interminables de autos para cargar combustible y evitar así pagar más al día siguiente porque el precio subía todos los días o en los comercios que ocupaban gente para remarcar la mercadería de noche o aquellos que recibían unos australes y los iban a cambiar por dólares? [...] (Ahora) ya no corremos a cambiar los australes por dólares; por ahí vamos a cambiar los dólares por pesos, que es cosa totalmente distinta (10/07/93: 69).

Ahora bien, la “frontera política” (Aboy Carlés, 2001) del discurso menemista no se agotará, sin embargo, en la contraposición a la “pura amenaza” que representaba la hiperinflación. El Presidente, al mismo tiempo, centrará también su artillería en una despiadada crítica al intervencionismo estatal, culpable de todos los males de la sociedad:

Un Estado enorme, elefantiásico, sin respuesta a las necesidades más acuciantes de nuestra comunidad, dio como resultado el caos, el incendio diría yo, y la posibilidad cierta de un enfrentamiento masivo en el seno de nuestra comunidad, allá cuando nos hicimos cargo del Gobierno (31/01/91: 33).

De ser uno de los diez mejores países del mundo, descendimos al centésimo lugar, por culpa, casualmente, de ese Estado elefantiásico,

en constante crecimiento, que no permitía administrar ni tan siquiera funciones específicas para las cuales había sido creado, y mucho menos, para funciones que no le correspondían (04/11/93: 66).

Desde el discurso de Menem, que retomaba en este punto las críticas neoliberales de los organismos multilaterales de crédito, el Estado era caracterizado como burocrático, ineficiente y corrupto:

Todos conocemos que los servicios estatales son caros e ineficientes. Que la iniciativa privada se encuentra agobiada por regulaciones excesivas y continuamente cambiantes, que la incapacidad burocrática impone trabas durísimas y que el déficit fiscal crea gravámenes intolerables. Como ustedes saben, el Gobierno se ha comprometido a fondo en la eliminación de estos males [...]. Basta a los monopolios y a los subsidios irracionales. Basta a la trabazón burocrática y al gasto público improductivo. Basta a la sobreprotección y a la ineficacia. Basta al intervencionismo estatal y a la complicidad de la incompetencia privada. Basta a la evasión y a la presión fiscal esterilizante (01/09/89: 48-50).

Se trataba, en palabras de Menem, de “un gigante con pies de barro, un gigante que siempre marchó con paso totalmente inseguro y tambaleante; que se fue recargando de funciones no afines con su responsabilidad en las últimas décadas y terminó como ya todos conocemos” (Discurso del 16/01/92: 14). En efecto, había sido, precisamente, ese Estado “que todo lo absorbía”, y que generaba “enormes pérdidas” a partir de sus empresas “deficitarias”, el que había llevado, en 1989, a la “ingobernabilidad” del sistema y la posterior renuncia antes de tiempo de Alfonsín:

El Estado que todo lo absorbía, que todo lo hacía, daba a partir de las empresas que administraba, enormes pérdidas; todos los servicios públicos en la República Argentina eran deficitarios, transporte aé-

reo, ferrocarriles, Obras Sanitarias, puertos, petróleo, gas [...]. Así se encontraba Argentina en 1983 y lamentablemente continuó, pese a la democracia, durante casi seis años. Los esfuerzos que hizo el ex presidente de la Nación, Doctor Raúl Alfonsín, para enderezar esta situación, fueron vanos. Y ante la ingobernabilidad del sistema, me transfirió el poder con seis meses de anticipación a la fecha que correspondía (25/11/93).

Ese Estado “sobrecargado”, caracterizado alternativamente por el enunciador mediante una cadena equivalencial conformada por los significantes “prebendario”, “elefantiásico”, “dadivoso”, “hiperburocrático”, “ineficaz”, “ocioso” y “macrocefálico”, ahora debía reducirse a sus “funciones básicas”: salud, educación, justicia y seguridad⁹¹:

El Estado se retira, a partir de hoy, de un conjunto de obstrucciones, regulaciones arcaicas, e intervencionismos que de ningún modo se justifican [...]. El Estado dice “basta” a estas regulaciones, para hacer mejor sus tareas indelegables: el fomento de la educación. La justicia. La salud. La seguridad (31/10/91: 63-64).

(T)odo lo posible al sector privado, todo lo necesario en manos del Estado [...]. ¿Y qué es lo necesario que debe quedar en manos del Estado? Hemos dicho hasta el cansancio que es la educación, la salud pública, la justicia, la seguridad. Lo demás, todo lo posible al sector privado (14/06/91: 184).

El Estado está para promover la educación, la justicia, la seguridad, la salud pública, y los otros sectores de la comunidad, los sectores privados, para dedicarse a la producción y al trabajo (10/12/93: 227).

⁹¹ Con mínimas diferencias, la misma frase sería insistentemente repetida por el Presidente a lo largo de su mandato. Así, por ejemplo, sólo entre el 2 y el 25 de noviembre de 1993, Menem mencionará las funciones “básicas” del Estado, según hemos contabilizado, en nueve oportunidades (Discurso oficiales).

3.2.1. LOS ANTECEDENTES DEL DISCURSO DE LA REFORMA DEL ESTADO

Debemos destacar, sin embargo, que esta crítica al excesivo intervencionismo estatal no se iniciará durante el menemismo. Por el contrario, tenía una “relativa estructuralidad” que se remontaba a los inicios del Proceso (1976-1983) (Barros, 2002). En ese entonces, el equipo económico de la Junta Militar decía que “Achicar el Estado es agrandar la Nación”. No obstante, las presiones y demandas contrapuestas dentro del Estado, particularmente en lo que refiere al veto militar a los efectos recesivos y desindustrializadores del modelo, impedirán que el proyecto liberal se llevase a cabo en toda su magnitud. Esto se expresará en cuantiosos gastos estatales utilizados para el reequipamiento de las Fuerzas Armadas, autopistas y, especialmente, para el desarrollo de grandes obras para la generación de energía, como emprendimientos hidroeléctricos, inversiones en empresas públicas y autopistas urbanas (Cavarozzi, 1997).

Con el retorno de la democracia, en 1983, el discurso neoliberal perderá inicialmente relevancia, al ser asociado por el radicalismo al fracaso del Proceso (Barros, 2002). No obstante, retomará fuerza a partir de 1985, con el fracaso del plan heterodoxo del ministro Bernardo Grinspun (1983-1985). En un contexto de creciente incremento de la inflación y del déficit fiscal, e incentivado por la derrota electoral en las elecciones legislativas llevadas a cabo ese mismo año, el Gobierno se comprometerá con los organismos multilaterales (FMI y Banco Mundial) a iniciar un proceso de privatización de algunas empresas públicas. Al mismo tiempo, se propondrá llevar a cabo una apertura de la economía a la inversión extranjera y una reducción del gasto público. De todos modos, será recién a partir de 1987, con el fracaso del Plan Austral en controlar la creciente tasa de inflación y la posterior derrota en las elecciones legislativas a manos del justicialismo, que el tema de la reforma estatal se colocará como prioritario en la agenda pública (Barros, 2002: 143-151). En ese contexto, se lanzará un plan para privatizar en un 40% la empresa nacional de teléfonos (ENTel) y la aerolínea estatal (Aerolíneas Argentinas) y para intensificar el proceso de incorporación de capital privado a la exploración y explotación del sector petrolero. El intento, sin embargo, terminará fracasando estrepitosamente debido a la fuerte oposición de la mayoría de los sindicatos y de los sectores de izquierda, además de la bancada justicialista, quienes

criticarán la falta de transparencia en los procedimientos (monto de valuación, forma de pago, defectos jurídicos) y expresarán su firme y enérgico rechazo a poner en juego la “soberanía del Estado” y el “patrimonio nacional” (Thwaites Rey, 1993, 2003: 22-24). El proyecto, además, contará con la fuerte negativa de las Fuerzas Armadas y de algunos sectores del propio radicalismo, entre los que se incluirá el mismo Alfonsín, quien no quería pagar los costos sociales a nivel desempleo y caída de los salarios que esas medidas ocasionarían sobre la población (Palermo y Novaro, 1996). Finalmente, deberá lidiar también con el rechazo de la derecha liberal, que propugnaba la realización de reformas más audaces e integrales y los proveedores, favorecidos por los diversos regímenes de subsidios y sobreprecios estatales (Thwaites Rey, 2003).

Pero más allá de estos intentos fracasados de reforma del Estado, debemos tener en cuenta que, hacia finales de la década del '80, muchos servicios, principalmente teléfonos, gas y luz, funcionaban efectivamente de manera ineficiente, que la corrupción era moneda corriente en el Estado y que muchas de sus oficinas estaban atestadas de personal, además de que, en algunos casos, trataban de mala manera al público o exigían sobornos para realizar trámites. En ese contexto, no genera sorpresa que en 1990 un 59,4% de la población total y un 56,6% de los que habían votado a Menem medio año antes, apoyara las privatizaciones, contra sólo un 16% que no lo hacía⁹² (*Clarín*, 15/01/90).

Sin embargo, las falencias del sector público no se debían, como insistían los teóricos neoliberales, a una intrínseca (y casi genética) debilidad del Estado frente a las bondades del mercado, sino más bien, como señala Sidicaro, al históricamente escaso control del Estado sobre sus empresas, que permitió que existieran licitaciones previamente negociadas y con “sobrepuestos” y malversación de presupuestos y fondos, a la ausencia de una carrera administrativa con promociones por méritos, lo que condujo a una proliferación de cargos por afinidades ideológicas o partidarias, así como al uso abusivo del nepotismo y el clientelismo, y a los reducidos salarios ofrecidos en el sector público en relación al sector privado, que incentivaron el desinterés por las labores realizadas (Sidicaro, 2003: 34-36). Además, durante el Proceso se incrementará la ineficiencia estatal debido a las arbitrariedades en la

⁹² Para otros datos apoyando estas afirmaciones pro-privatistas, véase Mora y Araujo (1991). Este autor afirma, además, que en un contexto de creciente déficit fiscal, la demanda de estabilidad monetaria será, por sobre los programas o discursos políticos, la principal de las demandas públicas tanto de sectores populares, como medios y altos.

direccionabilidad del gasto público, las evasiones impositivas no sancionadas, la coacción ejercida por los altos mandos para no dar curso a las demandas judiciales, y la falta de control y supervisión de las empresas públicas, la mayoría de las cuales eran controladas por las propias Fuerzas (Sidicaro, 2003: 44-45). Finalmente, debe destacarse el enorme poder político que tuvieron las corporaciones empresariales y sindicales que, ya desde 1966, pero sobre todo a partir de 1973, con el regreso al poder de Perón, llevaron a cabo un proceso de “colonización” del Estado (Palermo y Novaro, 1996) que les permitió ocupar cargos en diferentes ministerios y reparticiones, agudizando progresivamente la deslegitimación estatal (Sidicaro, 1998: 44-51). Los sindicatos, además, se vieron beneficiados durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), debido a que, en el marco de la llamada Ley de Asociaciones Profesionales, se reafirmó la vigencia del principio de sindicato único por rama de actividad. Poco después, con el ascenso del General Juan Carlos Onganía (1966-1970), no sólo no se derogaría esta ley, cuyo origen se remontaba a la “época de oro” del peronismo, sino que se extenderá el poder gremial al otorgarle a los sindicalistas el manejo del sistema de Obras Sociales (Cavarozzi, 1997: 76).

En ese contexto, durante décadas el conjunto de la administración pública se convertirá en una fuente de prebendas en el que cada uno de los grupos de interés pujará por resguardar su propia posición corporativa (Margheritis, 2000: 50-51). Como lo resumirá de manera elocuente Domingo Cavallo en las Jornadas anuales de la Asociación de Bancos de la República Argentina:

Las empresas públicas eran un antro de corrupción y eran la ineficiencia llevada a la máxima expresión; eran el descontrol total. Eso eran las empresas públicas en la Argentina. Se decía en Argentina que invertíamos el 20 o el 30% del Producto Bruto Interno. La expresión correcta debería haber sido que mal invertíamos, porque era ahorro forzado que se generaba vía transferencias fenomenales de ingresos en favor o del Estado, para cubrir su déficit, o de las empresas que habían acumulado grandes endeudamientos vía devaluaciones y que en realidad terminaban financiando inversiones pésimamente evaluadas por los que decidían esos planes de inversión en las empresas

públicas y que fundamentalmente servían al interés de sus sindicatos, de los proveedores o contratistas, que ganaban vendiéndole caro o construyendo obras faraónicas a dos, tres, o cuatro veces el precio que razonablemente hubiera correspondido, y que de entrada contrataban a las obras con pocas precisiones para que fuera necesario permanentemente renegociar los contratos, encarecer el costo de las obras y acentuar la ineficiencia de las inversiones (citado en ABRA, 1994: 453).

En contraposición a la ineficiencia y corrupción que eran propias del manejo estatal y que desincentivaban la lógica empresarial a partir del acomodamiento al Estado “paternalista”, el control privado garantizaría *per se* un manejo “eficiente” de los servicios, pues estaría en juego el capital de los propios empresarios:

Tenemos que ir a un mecanismo que de manera sistemática aliente la toma de buenas decisiones de inversión y de producción, y aliente la eficiencia de la economía. Para eso es fundamental la privatización. La privatización para las nuevas inversiones y el hecho de que ahora quien invierte en la Argentina lo hace arriesgando su propio capital, lleva a una correcta evaluación de las inversiones, lo que es un cambio fenomenal [...] Ahora en la Argentina las decisiones de inversión se toman de manera que obligatoriamente deberán ser eficientes, porque quien invierte está arriesgando su capital, y tiene que cuidar muy bien que la inversión sea productiva y rentable. Esto es fundamental (ABRA, 1994: 453-454).

Lo que resulta importante enfatizar, sin embargo, es que, más allá de la progresiva crisis estatal y el incremento del discurso pro-reformas de mercado, la sociedad podía observar en la materialidad de su práctica cotidiana la ineficiencia y baja calidad de los servicios públicos, la excesiva burocracia y el alto nivel de corrupción del sector público (Gerchunoff y Torre, 1996). En el caso, por ejemplo, de la compañía de teléfonos, era común la

desconexión continua de las líneas, el bajo servicio en su instalación y su pobre calidad prestataria. Del mismo modo, en Aerolíneas Argentinas se podía verificar una creciente disminución en calidad y cantidad de los servicios al usuario, el levantamiento de escalas, la reducción de frecuencias, la disminución de horarios de atención al público y la reducción de personal en áreas críticas de atención al pasajero (Thwaites Rey, 1993: 59). En ese contexto, no resulta extraño que Menem sostuviera que “Todo este trabajo procura fundamentalmente ir eliminando el déficit que tiene el Estado, que es realmente abrumador, a partir de servicios ineficientes, y darle la posibilidad al pueblo argentino de que tenga los servicios que realmente se merece [...]” (Discurso del 14/06/91). O que afirmara que “La reforma del Estado, la desregulación, la eliminación de trabas burocráticas y la mayor transparencia de nuestro sistema económico, son pilares para modificar situaciones fraudulentas que nos sumergieron en el atraso y la decadencia” (Discurso del 24/01/91).

Y será precisamente el modelo socioeconómico aplicado por Menem, al llevar a cabo la “exitosa” Reforma del Estado iniciada en 1989, el que logrará terminar con ese Estado “elefantiásico”, “dadivoso” y “fraudulento”, reemplazado ahora por un Estado “moderno” dedicado a sus “funciones específicas”:

Empezamos prácticamente de cero, con un proceso hiperinflacionario impresionante [...]. Ahora, tenemos estabilidad y vamos consiguiendo, poco a poco, lo que nos hemos propuesto respecto del Estado, ese Estado elefantiásico, ese Estado dadivoso, fraudulento, que heredamos, va quedando en el pasado. Estamos construyendo un Estado moderno que se dedique pura y exclusivamente a sus funciones específicas (01/10/92: 32-33).

En ese contexto de rotundo éxito, que además había logrado una inédita “inserción internacional” al orden global (Fair, 2009a), la Argentina lograba recuperar, además, el “terreno” que había perdido en las últimas décadas:

(E)l déficit fiscal era alarmante y superaba ese déficit a lo que producíamos en nuestro país. Los resultados, ya todo el mundo los conoce.

¿Cuál era la tarea fundamental? Achicar el Estado, achicar el Estado para que tenga mayores posibilidades de éxito, a lo efectos de que Argentina empiece a recuperar el lugar que había perdido en las últimas décadas (04/11/93: 66).

“Fue fundamental la tarea que nos impusimos de reformular el Estado, para hacer de éste una organización moderna, ágil, con funciones específicas, para las cuales ha sido creado, y a partir de esa reformulación, hemos podido recuperar el terreno y el tiempo perdido durante muchos años en la República Argentina” (09/08/93: 141).

De este modo, contraponiendo de forma antagónica el fracaso estrepitoso del “estatismo” y el éxito indiscutible de las reformas de mercado llevadas a cabo durante su Gobierno, el Presidente logrará reforzar la dicotomía discursiva entre una cadena equivalencial externa que era simbolizada por los significantes Argentina “vieja” = “atraso” = “involución” = “decadencia” = “aislamiento” = “frustración” = “estancamiento”, frente a una cadena equivalencial interna representada por una Argentina “nueva” = “moderna” = “progreso” = “desarrollo” = “crecimiento” = “triunfo” = “proyección” internacional:

“(H)ay una Argentina vieja, la del atraso, la de la involución, que se va, y una Argentina nueva, la del progreso, la del crecimiento, con una nueva mentalidad que está naciendo” (25/04/91: 90).

“Pésimas y fraudulentas administraciones dieron como resultado un Estado elefantiásico, con tremendos déficit constantes en las cuentas fiscales, el desborde continuo de los gastos públicos y la evasión delictiva en el campo de los impuestos y también en el campo previsional. Había, sin duda, un aislamiento de la Argentina en el mundo [...] (Ahora) nos estamos dirigiendo hacia el mundo desarrollado, moderno y en crecimiento” (30/10/91: 55).

“(H)emos vivido de fracaso en fracaso durante muchas décadas, pero ahora, nunca más el fracaso, nunca más el estancamiento, nunca más la involución, nunca más el enfrentamiento. Ha llegado la hora de los triunfos, del crecimiento, del desarrollo, de la proyección de Argentina, de este bendito territorio, hacia otros rincones de la Tierra” (21/12/93: 246).

En resumen, mediante la institución del régimen cambiario, la comunidad logrará satisfacer la demanda de una “falta originaria” (Laclau, 1996: 162) en el orden social, la existencia de un bien (hasta entonces) ausente como era la estabilidad política, en contraposición a la situación previa de violencia y práctica descomposición social. Las demandas sociales, sin embargo, excedían por mucho el puro orden sociopolítico. En efecto, para alcanzar el logro de la plenitud comunitaria no bastaba con garantizar la estabilidad política. Por el contrario, el “orden de la comunidad” (Laclau, 1996) sólo llegaría cuando se terminase definitivamente con el “impuesto inflacionario” y se alcanzase lo que en los hechos era la principal demanda ciudadana: el logro de la estabilidad económica.

Precisamente, el rápido éxito socioeconómico alcanzado tras la aprobación del Régimen de Convertibilidad de 1991 incentivará, a partir de la sobrevaluación de la moneda local, la reducción de las tasas de interés y la apertura asimétrica de la economía al capital transnacional, un “boom” de inversión y consumo interno que, junto a las expectativas favorables generadas por la institucionalización de la paridad cambiaria fija, logrará un rápido control de los habituales episodios hiperinflacionarios. Así, la tasa de inflación, que en marzo de 1991 había alcanzado un 11%, disminuirá a sólo 3,1% en junio y 2,6% en julio, llegando a un mínimo de 1,3% en agosto. De este modo, con tasas de interés que registraban el índice más bajo desde marzo de 1974, y que al mes siguiente decaerían aún más, al sumar sólo un 0,4%, el Presidente terminará de coronar la demanda, incompletamente satisfecha hasta ese momento, de estabilización económica:

Piensen cómo estábamos en 1989 y cómo está actualmente la República Argentina. No teníamos moneda y ahora tenemos una moneda fuerte; no había estabilidad y ahora hay estabilidad; no había po-

sibilidad de cambiar un peso en el resto del mundo, porque no había confiabilidad en Argentina, y ahora, en cambio, nuestra moneda se cotiza en algunas partes del mundo, y aquí esa moneda que circula tiene un respaldo total y absoluto en oro y divisas, cosa que no ocurría en 1989 cuando heredamos el Banco Central (24/02/93: 71).

En 1989 estábamos al borde de la guerra civil, el Banco Central tenía un rojo de casi 6.000 millones de dólares y actualmente tenemos reservas por 6.000 millones de dólares y una Ley de Convertibilidad garantizada [...]. Está totalmente consolidada la estabilidad económica nacional (citado en *Página 12*, 26/12/91).

Al mismo tiempo, tal como lo mostraban los datos macroeconómicos, el éxito innegable del 1 a 1 había permitido una profunda “modernización” tecnológica y un notable crecimiento económico del PBI, la inversión y las reservas monetarias (Gerchunoff y Torre, 1996). En dicho marco, se alcanzaría una inédita “inserción internacional” que, desde el discurso menemista, permitía recuperar el histórico “destino de grandeza” del país (Fair, 2009a). Esta multiplicidad de logros “tangibles” y “concretos”, que sólo habían sido posibles a partir de la aplicación exitosa del programa de reformas neoliberales, que ahora se unían en un plano de equivalencia con la ley de paridad cambiaria fija y la estabilidad monetaria para formar un nuevo régimen socioeconómico integral, el discurso de Menem lograría articular y consolidar una amplia cadena equivalencial constituida de forma débil y fragmentaria en 1989.

4. LA ARTICULACIÓN DISCURSIVA DE LA HEGEMONÍA MENEMISTA

4.1. LA FUNCIÓN DE SUTURA DEL SIGNIFICANTE AMO

Lo importante es que, natural o no, de todas formas, si se puede hablar de goce es como algo vinculado con el origen mismo de la entrada en juego del significante

Jacques Lacan, *El reverso del psicoanálisis*

Desde la perspectiva de Laclau (1993, 1996, 2005a), en situaciones de desorganización profunda del tejido social la gente necesita un orden y, cuanto mayor es el desorden, menos importa su contenido concreto, siempre y cuando se garantice volver a una cierta normalidad. El orden, en este sentido, pasa a ser aquello que está ausente y quiere alcanzarse, es decir, pasa a representar un significante vacío⁹³. Dado que, como vimos, el “cierre” total de la estructura es constitutivamente inalcanzable, se hace necesario edificar un orden que “llene” parcialmente los vacíos estructurales (Laclau, 1996: 164-165). Pero este orden no tiene un fundamento objetivo, sino que puede ser colmado “por una variedad de formas discursivas” (Laclau, 1996: 108).

Lo que Laclau denomina la “operación hegemónica” consiste, precisamente, en “la presentación de la particularidad de un grupo como la encarnación del significante vacío que hace referencia al orden comunitario como ausencia, como objetivo no realizado y hegemonizar algo significa, exactamente, llenar ese vacío” (Laclau, 1996: 83-84). En otras palabras, la hegemonía se constituye cuando una diferencia, sin dejar de ser un contenido particular, encarna metonímicamente la representación de la totalidad social⁹⁴, es decir, cuando un significante clave logra simbolizar, si bien de forma parcial, la cadena de demandas sociales equivalenciales⁹⁵ (Laclau, 2005a: 124-125).

Vimos anteriormente que en 1989 la situación era de un desorden radical debido al aumento desenfrenado de los precios y los saqueos a comercios y supermercados, y que,

⁹³ De este modo, el significante vacío no es la imagen de una totalidad preexistente, como dirían los defensores de la perspectiva procedimentalista, sino que el líder mismo constituye esa totalidad, añadiendo, así, un nuevo suplemento (véase Laclau, 1993, 1996: 154, 2005a: 204 y ss.). Al respecto, véase también Derrida (1989).

⁹⁴ Esta definición de hegemonía (al respecto, véanse, entre muchos otros ejemplos similares, Laclau, 2003: 302, 2005a: 55, 95-96, 108 y 151 y 2005b: 34), debe mucho a Gramsci. Según este, el objetivo político de toda clase consiste en conformar una hegemonía basada en la dirección política-cultural de un grupo social sobre el conjunto de la sociedad. La hegemonía de una clase se obtiene, precisamente, cuando se logra ligar un contenido particular a una universalidad que lo trasciende (véanse Laclau y Mouffe, 1987 y Laclau, 1996: 115). Como nos recuerda Laclau, Gramsci (1984) pretendía lograr la unificación social a partir de la hegemonía de la clase obrera. Ello lo llevará a buscar conformar una “voluntad colectiva” que necesariamente debía trascender la lógica particularista de clase. Sin embargo, y esto es lo específico de la relación hegemónica, siempre hay un “residuo de particularismo que no puede ser eliminado en la representación de esa unidad” (Laclau, 1996: 116). En los años en que Gramsci escribió, la sociedad iba hacia una creciente heterogeneidad, acentuada con la depresión del '30, y de ahí la primacía de la construcción política de hegemonías. Sin embargo, las instituciones y el mundo de su época eran relativamente estables. En este sentido, si bien dio cuenta de la contingencia, su noción de voluntad colectiva era de una clase fundamental constituida a priori, lo que muestra sus resabios esencialistas (Laclau, 2005a: 57-58 y 160). Al respecto, véase particularmente Laclau y Mouffe (1987).

⁹⁵ “La hegemonía requiere la producción de significantes de vacuidad tendencial que, al mismo tiempo que mantienen la inconmensurabilidad entre universal y particulares, permite que los últimos asuman la representación del primero” (Laclau, 2003: 209).

durante los dos años subsiguientes, el Gobierno sólo lograría calmar las aguas de manera relativa. No obstante, el éxito socioeconómico en la implementación del régimen de paridad cambiaria permitirá, finalmente, terminar con el flagelo hiperinflacionario y consolidar un principio de orden. Ese orden simbolizará, a través del Régimen de Convertibilidad, el logro de una plenitud (hasta entonces) ausente, aquello a lo que aspiraba pero no podía alcanzar del todo la comunidad, el objetivo no totalmente realizado. En ese contexto, podemos decir que la paridad cambiaria ocupará la función del “objeto de deseo” faltante en la sociedad, elevándose, si bien con cierta “pérdida” inevitable, a la “dignidad de la Cosa” lacaniana (Lacan, 2003: 402 y ss.). Pero, ¿a qué se refiere Lacan con la Cosa o con el objeto de deseo? Para explicar estas complejas cuestiones debemos situarnos en la teoría psicoanalítica. Como señala Laclau, Freud sostiene que la díada anterior al nacimiento entre la madre y el hijo “contenía todas las cosas y toda la felicidad y a la cual el sujeto se esfuerza por regresar a lo largo de su vida” (Laclau, 2005a: 144). Dado que, una vez dado a luz, el niño ya no puede regresar a ese estado anterior de pura satisfacción de sus necesidades que representaba el útero materno, incorpora un “objeto parcial” que intenta reproducir el goce perdido (Laclau, 2005a: 145). Ese objeto parcial que viene a reemplazar al “objeto de la falta”, y ahora estamos en Lacan (1987), es, inicialmente, el pecho de la madre⁹⁶.

Las pulsiones que se satisfacen mediante este objeto no son sólo el placer de succión y el placer de satisfacer los deseos del estómago (mediante la leche), sino que el “valor de pecho” excede esta cuestión y se transfiere a otros objetos parciales pulsionales (Laclau, 2005a: 146-147). Pero, ¿por qué considera Laclau que estas nociones son tan importantes para la constitución de las identidades sociopolíticas? Porque, dado que estructuralmente el sujeto no puede regresar a la plenitud anterior, debe contentarse con esos objetos parciales (objetos que Lacan denomina objeto *a* o *petit a*) que, pese a que representan siempre una parcialidad, dejan de funcionar como partes para asumir imaginariamente el rol de la totalidad ausente (Laclau, 2005a: 291).

Sabemos que para el psicoanálisis lacaniano el sujeto representa en realidad a un sujeto dividido por efecto del lenguaje. En palabras de Lacan, “por nacer con el significante, el sujeto nace dividido” (Lacan, 1987: 207). En ese contexto, que se escribe \$, en oposición al

⁹⁶ “El pecho [...] representa bien esa parte de sí mismo que el individuo pierde al nacer, y que puede servir para simbolizar el más recóndito objeto perdido” (Lacan, 1987: 205-206).

deseo de constituir un S sin su falta constitutiva, la función que ejerce el objeto a consiste, según el célebre psicoanalista, en “tapar la hiancia que constituye la división inaugural del sujeto” (Lacan, 1987: 278).

A esta misma función, no una meramente análoga, es, precisamente, a lo que se está refiriendo Laclau cuando hace mención al rol crucial que cumplen en política los significantes vacíos. Estos significantes que vacían su inherente parcialidad para hegemonizar el espacio social, encarnan, en ese sentido, objetos parciales hegemónicos que, al igual que los objetos de deseo lacanianos, satisfacen de manera sustitutiva el verdadero deseo, que es el sueño de una “totalidad mítica” madre/hijo, o su correlato, la sociedad “reconciliada consigo misma”. En palabras de Laclau:

Si la plenitud de la madre primordial es un objeto puramente mítico, no hay ningún goce alcanzable excepto a través de la investidura radical en un objeto a. Así, el objeto a se convierte en la categoría ontológica principal. Pero podemos llegar al mismo descubrimiento (no uno meramente análogo) si partimos del ángulo de la teoría política. No existe ninguna plenitud social alcanzable excepto a través de la hegemonía; y la hegemonía no es otra cosa que la investidura, en un objeto parcial, de una plenitud que siempre nos va a evadir porque es puramente mítica (Laclau, 2005a: 148).

En otras palabras, la lógica del objeto a minúscula, transferida a objetos parciales (objetivos, figuras, símbolos) que son “fuentes de goce”, al convertirse en los “nombres” que simbolizan la “ausencia” son, según Laclau, no sólo similares, sino idénticos a la lógica por la cual los significantes vacían su particularidad para hegemonizar el espacio social (Laclau, 2005a: 148-149). Si tenemos en cuenta que, según el psicoanálisis laciano, todo discurso representa imaginariamente la realidad social por la vía del orden simbólico, podemos observar lo fructífero que resulta la perspectiva psicoanalítica para el análisis del proceso simbólico de representación imaginaria de las identidades sociopolíticas. Veamos, entonces, lo que nos dice el propio Lacan.

Como dijimos, según Lacan (1971-1972, 1987, 2003, 2006, 2008), todo sujeto representa en realidad un sujeto “dividido” o “tachado” (sujeto *barré* o \$), es decir que no existe un sujeto plenamente constituido como tal. Hasta aquí no hemos dicho nada nuevo, ya que toda la teoría postestructuralista parte de esta tesis del posfundamento. Ahora bien, lo que incorpora la teoría psicoanalítica lacaniana es la idea de que todo sujeto es un sujeto en “falta”, y que esa “falta” constitutiva del goce absoluto que representa la madre, es imposibilitada inicialmente por la función paterna de “castración”. Esta castración simbólica instituye el deseo de retornar a la unidad corporal de la Cosa, el “deseo de ser Uno” (Lacan, 2008: 14). Sin embargo, el retorno sólo puede realizarse por la vía del orden significante. En ese marco, se produce una “pérdida” (un “minus”) del goce inicial que, pese a que resulta imposible de retornar plenamente, se recupera de un modo más atenuado como deseo simbólico de unidad “cuerpo a cuerpo” (Lacan, 2008: 87; Braunstein, 2006: 25). En los términos de Lacan:

La privación de la mujer, esto es, expresado en términos de defecto del discurso, lo que quiere decir la castración. Precisamente porque es impensable, el orden hablante instituye como intérprete a ese deseo, constituido como imposible, que hace del objeto femenino privilegiado la madre en tanto está prohibida (Lacan, 2006: 165).

Según el célebre psicoanalista francés, esta imposibilidad de la “unión mítica” (Lacan, 2006: 165) con el objeto primordial del deseo que representa la madre, este “hueco” constitutivo, busca ser “llenado” en adelante de algún modo, y es precisamente el denominado “objeto a” el que permite “obturar” esa falta perdida⁹⁷ (Lacan, 1987: 151 y ss., 2006: 13). En palabras de Joel Dor:

La dimensión del deseo aparece intrínsecamente ligada a una falta que no puede ser satisfecha por ningún objeto real [...]. El único obje-

⁹⁷ “Ese objeto que, de hecho, no es otra cosa más que la presencia de un hueco, de un vacío, que, según Freud, cualquier objeto puede ocupar, y cuya instancia sólo conocemos en la forma del objeto perdido a minúscula” (Lacan, 1987: 187).

to capaz de responder a esa propiedad no es otro que el objeto de deseo, ese objeto que Lacan denominará objeto a, objeto del deseo y objeto causa del deseo a la vez, objeto perdido (Dor, 1997: 162-163).

Tenemos, entonces, que todo sujeto, al ser “castrado” por el orden simbólico, esto es, al perder definitivamente la unidad corporal con el objeto primordial de deseo que representa la madre, o mejor dicho, el pecho de la madre, en tanto está perdido, busca, a partir de esa prohibición, sustitutivos parciales que le permitan regresar a ese estado de “unificación total”, de eliminación de los antagonismos y diferencias, a ese “goce total” que constituye el vientre materno⁹⁸. Como afirma Castoriadis, este deseo inherente del hombre de:

Unificación total, de abolición de la diferencia y de la distancia [...] se relaciona con el deseo inconsciente de unidad con el objeto original de deseo, es decir, la madre, y más específicamente, del pecho como parte integrante del sujeto”. El sujeto, “al haber tenido que renunciar a su satisfacción inmediata, mantiene el objetivo de la puesta en relación, de la vinculación total y universal (Castoriadis, 1993: 217-218).

Retomando los términos de Lacan (2006), es precisamente la “imposibilidad de la relación sexual” (la hiancia congénita), la que causa el deseo eterno de ser “marcado como Uno” (el rasgo unario):

Es la presentación acorde del hecho fundamental, que no hay lugar posible en una unión mítica que se definiera como sexual entre el hombre y la mujer. De ahí que lo que aprehendemos en el discurso psicoanalítico, el Uno unificante, el Uno-todo, no es lo que está en juego en la identificación. La identificación pivote, la identificación ma-

⁹⁸ Lacan, además de compartir con Freud la noción de un sujeto que, en el campo onírico, “se empecina en la búsqueda del altivo y lejano castillo interior, cuya forma simboliza el ello de manera sobrecogedora”, agrega también que existe una “prematuration específica” en el nacimiento de todo individuo que influye decididamente en la formación ulterior del mismo (Lacan, 2003: 89-90 y 410). En otras palabras, dado que orgánicamente el hombre debería nacer en un período posterior al que lo suele hacer, esto parecería explicar, a diferencia de otras especies animales, su elevada dependencia en relación a la Madre.

yor, es el rasgo unario, el ser marcado como uno (Lacan, 2006: 165-166).

Tenemos, entonces, que para que haya deseo, debe haber primero una falta que lo hace emerger. Esa falta, a su vez, es instituida íntegramente por el orden simbólico, que, a partir de su prohibición, marca el deseo eterno de retorno a la unidad mítica con la Cosa (La Madre). En esas circunstancias, el deseo se transforma en demanda simbólica hacia un Otro y el significante es lo que lo obtura de forma imaginaria. En otras palabras, la falta constitutiva que instituye la castración fálica se transfigura en deseo de unidad con el objeto y el significante nodal, en articulación con una cadena de significantes asociados, funciona como símbolo que “llena”, precisamente, esa ausencia, como un significante que hace presente una “falta” a través del orden simbólico. En los términos de Lacan, “el significante es unidad por ser único, no siendo por su naturaleza sino símbolo de una ausencia” (Lacan, 2003: 18).

Ahora bien, según sostenemos, el significante Convertibilidad pasará a constituir, precisamente, el significante “Amo” (Lacan, 2006) que suture imaginariamente el hueco en el que se inscribe el objeto a. En efecto, como vimos anteriormente, el éxito socioeconómico del Régimen de Convertibilidad permitirá constituir y consolidar un orden estable, allí donde su presencia sólo se mostraba en su ausencia, o bien su defectuosa presencia⁹⁹. En dicho marco, el llamado “1 a 1” logrará satisfacer la demanda social de estabilidad política y paz social en el seno de la comunidad. En otras palabras, hasta 1991 el orden comunitario, expresado en los significantes orden y paz social, sólo se hacía presente mediante su ausencia, es decir, mediante el caos y el peligro de “disolución social”. Sin embargo, a partir de la instauración y el rápido éxito del 1 a 1, hemos visto que el discurso menemista logrará satisfacer esas demandas sociales insatisfechas, conformando un orden estable que limitaba los peligros sociales, al tiempo que garantizaba un principio de estabilidad y paz social en el seno de la comunidad.

Pero, al mismo tiempo, el rápido éxito del régimen cambiario logrará terminar con largas décadas de inflación e hiperinflación. En ese contexto, el significante clave logrará satisfacer la demanda hasta entonces insatisfecha de estabilidad económica. En otros

⁹⁹ Como ejemplo de ello tenemos el retorno a los episodios hiperinflacionarios de fines de 1989 y 1990, los saqueos a supermercados y comercios y el incremento de la protesta social.

términos, si hasta 1991 el significante estabilidad sólo se hacía presente de forma precaria, retornando dos veces (a fines de 1989 y de 1990), el caos y la inestabilidad, a partir de la aplicación de la paridad cambiaria fija, ese significante logró consolidarse como el reverso antagónico de la inestabilidad. De esta manera, la Convertibilidad adquirió discursivamente una articulación necesaria con el significante estabilidad de la que no se desprendería durante toda la década menemista.

Si seguimos la perspectiva lacaniana, podemos decir, entonces, que el significante Convertibilidad logrará suturar imaginariamente la “falta” de estabilidad política y económica en el seno de la comunidad. Al mismo tiempo, al terminar con largas décadas de inflación e hiperinflación, logrará satisfacer la demanda, hasta entonces no plenamente satisfecha, de estabilidad económica. Extendiendo esta lógica un poco más, podemos afirmar también que, en esas circunstancias, la Convertibilidad, al “suturar” la falta estructural, funcionará como un objeto a, esto es, como un objeto parcial que será investido como causa del deseo, en tanto permitirá hacer posible el goce de la unidad, el goce unario de retornar a la (imposible) relación sexual. De esta manera, el significante Convertibilidad, al “llenar” el lugar ausente del orden de la comunidad, pasará a ocupar imaginariamente, si bien con una necesaria pérdida de goce, el lugar perdido de la Cosa.

En las circunstancias de llenado imaginario de la falta estructural, el significante Amo Convertibilidad, en articulación directa con la cadena de significantes vinculada al establecimiento del orden, la paz y la estabilidad, se investirá del “rasgo unario” (Lacan, 1987: 264) que, como tal, funcionará, siempre con cierta pérdida inevitable¹⁰⁰, como “suplencia” de goce (Copjec, 2006), y ello en razón de que, en los términos lacanianos, funcionará como un significante del goce inconsciente que permitirá vehiculizar fantasmáticamente la “formalización del lazo social” (Álvarez, 2006; Lacan, 2006, 2008). De este modo, en términos lacanianos, el significante unario permitirá eludir la imposibilidad de la “relación sexual” (Stavrakakis, 2008).

¹⁰⁰ En efecto, los objetos parciales nunca pueden recuperar el goce total del objeto primario, teniendo que conformarse con un acceso al goce con cierta pérdida estructural inevitable. Ello se debe a que la Cosa, al igual que la “Cosa en sí” kantiana, resulta inaccesible estructuralmente. De todos modos, puede ser recuperada parcialmente a través de la búsqueda de nuevos objetos parciales que suturen la falta constitutiva. Al respecto, véanse Álvarez (2006) y Braunstein (2006).

Del mismo modo, pero ahora en términos de la teoría política postestructuralista, la Convertibilidad funcionará como un “significante tendencialmente vacío” (Laclau, 2003, 2005a) que, en su articulación discursiva de las diversas demandas sociales insatisfechas de orden, paz y estabilidad, hegemonizará el espacio social, es decir, que logrará constituir un principio de orden comunitario que, en el sentido laclausiano, le permitirá sustituir metonímicamente la parte por el todo¹⁰¹ (Laclau y Mouffe, 1987: 186), o mejor aún, constituirse en una verdadera metáfora de una parte que es el todo¹⁰² (Laclau, 2005a: 279). En otras palabras, el vínculo metonímico que relacionaba a la Convertibilidad con una particularidad que actuaba como representación de una totalidad, pasará a constituirse ahora en una metáfora de ese vínculo¹⁰³. Ello se manifestará de manera expresa en la metáfora equivalencial 1=1, esto es, un Uno que es igual a otro Uno y, por lo tanto, es un sólo Uno.

Ahora bien, el significante Convertibilidad no sólo obturará la falta de estabilidad económica y de estabilidad política o paz social, unificando fantasmáticamente a la sociedad para conformar el famoso Uno lacaniano de la unidad plena, sino que permitirá también, como vimos, el acceso a un conjunto de prácticas discursivas de consumo masivas que se extenderán a amplios sectores sociales. Pero, ¿cómo incorporamos este significante en la noción de falta? Aquí resulta interesante remitirse a la tesis de Alicia Álvarez. En su libro *La teoría de los discursos de Jacques Lacan*, Álvarez (2006) señala que el objeto a posee dos dimensiones. Una primera dimensión se relaciona con su función objeto causa de deseo. En nuestro caso, se trata de la función del significante Convertibilidad como el objeto causa de deseo que permite “llenar” la falta de estabilidad, crecimiento, orden, paz, unidad social,

¹⁰¹ La noción de hegemonía, como señalan Laclau y Mouffe (1987), tiene su origen en la socialdemocracia rusa, aunque se ha hecho famoso a partir del análisis de Gramsci (1984). Este enfoque, con su fuerte énfasis en la autonomía de la política y la necesidad de trascender los intereses de grupo para presentarse como representando a la totalidad, ha ejercido, además, una fuerte influencia en la obra de Laclau. En efecto, la noción de “formación hegemónica” de este autor corresponde a lo que Gramsci denomina “bloque histórico”, mientras que la categoría de hegemonía se basa, en gran medida, en la “voluntad colectiva nacional y popular” del teórico italiano. Debe recordarse, sin embargo, que Laclau se aleja de este autor ya que, para él, la hegemonía no representa una categoría determinada en última instancia por lo económico, ni tampoco pregona el liderazgo por parte de una cada vez más inexistente “clase obrera” (véase Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 1993, 2005a).

¹⁰² Las nociones de metonimia y metáfora nos remiten a Roman Jakobson. Redefinidas por Freud en su análisis de los sueños como condensación y sustitución, serán retomadas luego por Lacan en sus términos originales (véase Lacan, 2003: 64 y 419). Cabe señalar, además, que la teoría de la hegemonía de Laclau ha desarrollado en los últimos años una fuerte confluencia con estas nociones de la retórica en su análisis acerca de la construcción discursiva de las identidades políticas. Al respecto, véase Laclau (2005a, 2006a).

¹⁰³ En este sentido, podemos decir también que la primigenia relación de contigüidad o sinécdoque se convertirá en una analogía (véase Laclau, 2005a: 97 y 141).

etc., en el seno de la comunidad. En palabras de Laclau, la función del significante vacío que permitirá establecer un principio de orden comunitario allí donde éste sólo se hacía presente a partir de su ausencia. Existe, sin embargo, una segunda dimensión del objeto a que se relaciona con su función “plus de gozar pulsional”. Si en la primera dimensión hay una falta o pérdida inevitable que se recupera parcialmente mediante el significante, en este último caso lo que hay es un “sobrante”. ¿Qué significa esto?, que el objeto a genera un plus o suplemento que produce un goce que va más allá del goce que otorga la formalización simbólica del lazo social (Álvarez, 2006: 130).

Esta dimensión del plus de gozar, aunque tiene antecedentes que se remontan al concepto de “prima de placer” que analiza Freud en relación al chiste y su vinculación con el inconsciente (Copjec, 2006), ha sido reformulado por Lacan en su *Seminario XVII*, conocido como *El Reverso del Psicoanálisis* (2006). Allí, como lo indica el nombre del Seminario, el célebre psicoanalista francés se propone tomar el psicoanálisis freudiano, aunque dando cuenta de su lado reverso.

Luego de mostrar las múltiples contradicciones e inconsistencias teóricas de Freud en relación a la forma de identificación simbólica del líder a partir del mito de la “horda primitiva”¹⁰⁴, Lacan se propone analizar los diferentes tipos de discursos existentes. Según sostiene, existen, desde del psicoanálisis, cuatro tipos de discursos posibles. Así, diferencia lo que denomina el Discurso del Amo, el Discurso del Universitario, el de la Histórica y el del Analista. Cada uno de ellos, mediante variaciones de “un cuarto de giro”, constituye una particular fuente de configuración del lazo social. A su vez, cada cual posee diferentes formas de legitimación. No obstante, Lacan agrega un quinto tipo de discurso, al que denomina el Discurso del Capitalista. Dejando de lado los otros tipos, nos centraremos a continuación en este último.

Lo que afirma Lacan, basándose en los aportes de Marx¹⁰⁵, es que el Capitalismo se caracteriza por un tipo de discurso cuya fuente de goce pulsional radica en el “plusvalor”.

¹⁰⁴ Lacan (2006) se refiere a las contradicciones freudianas en “Tótem y Tabú”, “Psicología de las masas y análisis del yo” y “Moisés y la religión monetarista”, en relación a la función del Padre. Concluye que Freud intenta “salvar” su figura a través de la construcción del “mito” del Complejo de Edipo. Al respecto, véase también Álvarez (2006).

¹⁰⁵ Según Lacan, Marx habría sido el inventor del concepto de síntoma a partir de su noción de “plusvalía” (Lacan, 2003: 224, 2006). Véase también, en esta línea, el trabajo de Žižek (1992).

Sin embargo, en lugar de plusvalía, Lacan va a denominar a este plusvalor como “plus de goce”. En sus términos: “Lo que Marx denuncia en la plusvalía es la expoliación del goce. Y, sin embargo, esta plusvalía es la memoria del plus de goce, su equivalente del plus de goce” (Lacan, 2006: 85). Esta función de “plus de goce” es entendida por Lacan como un tipo de goce pulsional que reside en la incorporación de objetos de consumo masivos ofertados por el mercado:

El sentido que tiene la sociedad de consumidores proviene de esto, que es a lo que constituye su elemento calificado, entre comillas, como humano se le atribuye el equivalente homogéneo de cualquier plus de goce producto de nuestra industria (Lacan, 2006: 85-86).

Se trata de mercancías, “letosas” (Lacan, 2006) las denomina, que construyen discursivamente su propia demanda como si fueran necesarias o, más aún, indispensables para alcanzar el goce:

En cuanto a los pequeños objetos a minúscula que se encontrarán al salir, ahí sobre el asfalto en cada rincón de la calle, tras los cristales de cada escaparate, esa profusión de objetos hechos para causar su deseo, en la medida en que ahora es la ciencia quien la gobierna, piénsenlos como letosas (Lacan, 2006: 174).

Como señala Bauman, esta lógica, que se inscribe en lo que se ha dado en llamar la sociedad de consumo, “se caracteriza por considerar al mundo como un depósito de potenciales objetos de consumo, alentar la búsqueda de satisfacciones e inducir a los individuos a creer que dar satisfacción a sus deseos es la regla que debe orientar sus elecciones. Se constituye, de este modo, como una necesidad existencial para lograr una vida válida y exitosa” (Bauman, 2003: 85). El problema, sin embargo, es que salir de esta lógica consumista no es fácil cuando la publicidad, mediante su promesa de obtener “sensaciones placenteras e inexploradas”, crea sin cesar nuevos deseos que llevan a su vez a buscar satisfacerlos. Dado que esas sensaciones placenteras son, por lo general, fugaces e instantáneas, se desvanecen

rápida. La publicidad vuelve, entonces, a generar el deseo de adquirir nuevos objetos en lo que se vuelve un “círculo vicioso” (Bauman, 2003: 85).

A similares conclusiones arriba Lacan. En efecto, en el capitalismo contemporáneo, al ser “creadas” constantemente nuevas “necesidades”, al generarse “modas creadoras de necesidades” (Lacan, 2003: 404), nuevas demandas a satisfacer que se constituyen como indispensables, este tipo de discurso hegemónico genera una imposibilidad de salir de su lógica. En palabras de Lacan: “Se haga lo que se haga, se diga lo que se diga, como tratar de unir esta producción de necesidades que son necesidades que se crean, no hay nada que hacer” (Lacan, 2006: 188).

En una entrevista realizada en el 2006 Bauman afirmaba, de un modo algo ingenuo, que “si nuestros deseos se vieran satisfechos, la sociedad de consumo y la economía capitalista se vendrían abajo” (*Clarín*, 18/11/06). No obstante, el problema que ignoraba u omitía en la nota este autor es que, como nos recuerda atinadamente Lacan, los deseos pulsionales son ilimitados y su fin no es otro que el retorno a su fuente. De este modo, luego de ser satisfechos, regresan a un momento anterior de no-deseo provisorio que, luego de un tiempo, hará surgir un nuevo deseo que buscará ser satisfecho (Lacan, 1987: 168-193, 265). En ese contexto cíclico, la proliferación de objetos de consumo creados para causar su deseo, funcionan como un medio de sutura del goce pulsional. Sin embargo, como el deseo carece de objeto (es un objeto “perdido”, dice Lacan), su condición de posibilidad es, al mismo tiempo, su condición de imposibilidad (Žižek, 1992). Se relanza, entonces, el proceso de creación de la “necesidad” de nuevos objetos de consumo que garantizan la “plenitud” y la “satisfacción”, lo que genera, a su vez, la búsqueda constante de la repetición de ese propio goce perdido e inalcanzable (Lacan, 2006).

Si nos remontamos a nuestro objeto de estudio, podemos ver que la presidencia de Menem se inscribe perfectamente dentro de esta lógica de consumismo “desenfrenado”, una lógica de “fiesta” permanente que, a su vez, sería promovida por el propio discurso hegemónico, en particular a partir de los efectos positivos generados por la instauración del 1 a 1. En efecto, con el derrumbe del comunismo, el fracaso del Estado Social de posguerra y el auge del neoliberalismo a escala global, se extiende a nivel mundial la fe en el libre comercio, el individualismo posesivo, y su correlato, el consumo hedonista y el “sálvese quien pueda”. En ese contexto, se producirá una crisis de la anterior ciudadanía social, basada en

la solidaridad y los derechos sociales, y la transición hacia una nueva, en donde adquiere preeminencia el individualismo y donde el ciudadano es reemplazado por el consumidor o usuario de los bienes ofrecidos por el mercado (García Delgado, 1994).

En el caso argentino, esta lógica del híper consumismo social tiene como antecedente inmediato a la llamada “tablita” de Martínez de Hoz, sobrevaluación cambiaria que a fines de los años ’70 promovió el consumo masivo y el famoso “Deme dos”, en el marco de la llamada “Plata dulce”. Sin embargo, en los últimos años, la declinación de la imagen paterna, junto con el auge que adquieren desde los medios masivos, en particular la televisión, las propagandas desreguladas y el discurso hegemónico a favor del consumo masivo de objetos mercantiles como medios para alcanzar la felicidad del sujeto, han generado algunos cambios cualitativos que han incrementado como nunca antes su grado de influencia social. En ese marco, señalamos previamente que la explosión del consumo de mercancías se producirá recién a partir de la puesta en vigencia del Plan de Convertibilidad. En efecto, el régimen instaurado en abril de 1991 sería acompañado por una importante baja de las tasas de interés y de los precios de los bienes de consumo y de capital, que incentivará un incremento notable del crédito hipotecario, prendario y para consumo, tanto para el sector privado, como para las familias. En ese contexto, potenciado por la creciente desculpabilización de la riqueza, se producirá un “festival de consumo” y ostentación de marcas como signos de “distinción” social en un grado que no recuerda antecedentes en nuestro país. Muchos recordarán, en ese sentido, la ostentación que desde el poder (en particular, desde las revistas *Gente* y *Caras*, pero también con la famosa “Pizza con champán”, o los tapados de piel de María Julia Alsogaray), se hacía de la exhibición de riqueza¹⁰⁶. Esta exposición de la riqueza y el consumo fastuoso, además de ser funcional a la lógica empresarial hegemónica, era fomentada y estimulada también desde el propio poder político, con un Presidente que hacía gala de su relación cercana con las figuras de la farándula y el deporte, su escasa aversión al debate público de ideas y a la palabra política en general, y su desprecio general a la cultura, el fomento a la investigación y la protección de la educación pública¹⁰⁷. En ese marco, que en el caso de Menem ya se hacía presente durante su campaña electoral, cuando el entonces

¹⁰⁶ Al respecto, véase el interesante trabajo de Bonnet (2008).

¹⁰⁷ Seguramente se recordará cuando el Ministro Cavallo mandó a “lavar los platos” a los docentes que pedían un mayor salario, o la ignorancia de los jubilados que pedían todos los miércoles en la Plaza de Mayo por el incremento de sus pobres haberes “congelados”.

candidato del peronismo se presentaba como un dirigente exitoso y popular que triunfaba en el deporte y con las mujeres, al tiempo que desdeñaba el debate de ideas y la coherencia ideológica (Novaro, 1994; Palermo y Novaro, 1996), no llama la atención que durante su mandato existiera toda una lógica de individualismo e “hiperconsumismo” (Isla et. al, 1997) que se extendiera como objetivo a seguir y promover a gran parte de la sociedad. En efecto, luego de la demanda social masiva de recuperación del Orden de los años '70, y la promoción de un discurso formal sobre la democracia de la década posterior, en los '90 el discurso hegemónico no sólo recupera, desde la lógica mercantil de los medios masivos, la necesidad de consumir todo tipo de mercancías como una forma de acceder a la felicidad del individuo, sino que, además, el propio discurso que emerge con el menemismo, promueve y fomenta la frivolidad y el consumo masivo como un modelo a seguir para ser admirado y respetado. Es decir, que, desde el propio discurso hegemónico, potenciado por la lógica hipermercantilizada de los medios masivos como la televisión, se construía y promovía, en los términos lacanianos, la necesidad e identificación con la posesión y el disfrute individual como una forma de alcanzar, de manera presunta, la felicidad, el éxito y el reconocimiento social. De todos modos, pese a que el menemismo, en articulación con todo el círculo íntimo de la farándula que lo acompañaba, hacía fama de su ostentación de la riqueza y de la frivolidad como signo de aspiración identitaria de los nuevos tiempos, la explosión del consumo de mercancías se producirá recién a partir de la puesta en vigencia del Plan de Convertibilidad, que, en el marco de un dólar barato, incentivará un “festival de consumo” ilimitado. En el libro *Cuesta abajo*, diferentes autores han analizado, en este sentido, la importancia crucial que había adquirido el consumismo durante la “fiesta menemista”. Así, Feijoo (1993) señala, desde un enfoque socioantropológico, que durante los años '90, tanto la vestimenta, como el consumo en general, se constituyen en una forma de diferenciación social y acceso a beneficios materiales y simbólicos, señalando, además, que en esos años existía un temor a “bajar” de clase social y a no poder acceder a ese consumo promovido desde el discurso hegemónico. En ese contexto, se fomentaba desde “arriba” una visión de despolitización e individualismo que resultaba funcional a la propia dominación menemista. En el mismo libro, Karol (1993), a partir de una serie de entrevistas, coincidía con esta afirmación, agregando que en los '90 el consumo de tecnología era visto como una fuente de seguridad personal. En ese contexto, no llama la atención que el acceso a ropa de primera marca, la com-

pra de discos compactos, o bien la posibilidad de acceder por primera vez a un televisor color o a un radiograbador, en el marco de la declinación de los límites que instauraba la autoridad paterna y la presencia de un discurso que incentivaba el éxito y la frivolidad como objetivos a seguir, sean promovidos como objetivos a perseguir para acceder a la felicidad y seguridad individuales.

Según nos recuerda Laclau, el significante de la plenitud, esto es, el significante hegemónico, se transforma en un “punto nodal de sublimación” que, como tal, adquiere un “valor de pecho” (Laclau, 2005a: 153). Desde esta perspectiva, el acceso a los diversos adelantos tecnológicos, viajes al exterior, compra de mercaderías de todo tipo a bajos precios, todas mercancías deseadas que fueran posibilitadas por el significante Convertibilidad en el marco del dólar barato, pueden ser vistos ahora, en el contexto más general de un discurso hegemónico que los promovía e incentivaba para ser felices, como fuentes de goce que, si bien con cierta pérdida inevitable (Lacan, 2006), sustituirán imaginariamente, por la vía del significante, al goce parcial del pecho de la madre¹⁰⁸.

Pero Lacan se refiere, como hemos dicho, a una segunda función del plus de goce, también descubierta por Marx. Esta dimensión es la que reside en la “plusvalía” marxista, es decir, en la acumulación de capital: “A partir de cierto día, el plus de goce se cuenta, se contabiliza, se totaliza. Aquí empieza lo que se llama la acumulación de capital” (Lacan, 2006: 192). Si seguimos nuestro hilo conductor, nuevamente podemos hallar su relevancia para entender la lógica legitimante del discurso menemista. En efecto, durante los años '90, especialmente durante el período 1991-1994, la “etapa de oro” (Basualdo, 2000) del Plan, todos los sectores sociales lograron mejorar sus ingresos de forma relativa, en particular debido a la fuerte reducción de los índices de inflación. De todos modos, lo más relevante es que hubo claros ganadores de esa etapa y ellos son, obviamente, los sectores dominantes. Estos sectores lograron mejorar sus ingresos por varias vías. Si por un lado fueron los principales exponentes del acceso al crédito financiero, endeudándose en pesos para luego valorizar en dólares sus ingresos en los bancos del exterior, al mismo tiempo lograron, como hemos visto, incrementar exponencialmente sus ingresos a partir de diversas políticas

¹⁰⁸ Del mismo modo, la posibilidad de viajar al exterior para realizar turismo puede ser entendido, siguiendo a Freud, como una sublimación de la catexia pulsional a través de elementos culturales. De todas maneras, debemos decir que según Freud, la sublimación sólo puede darse en algunos individuos, no pudiendo ser generalizada a toda la sociedad (véase Freud, 1973b).

promovidas por el accionar público del Estado, como la fijación de una apertura asimétrica, altos grados de explotación de los trabajadores asalariados, con su consecuente incremento de la productividad y la tasa de ganancias empresariales, y, sobre todo, el negociado de las privatizaciones, en la que muchos de ellos actuaron como accionistas minoritarios de las empresas adjudicatorias, para luego valorizar nuevamente sus ingresos en el sistema financiero a bajas tasas de interés y enormes dividendos (Fair, 2008a). En ese contexto, que en nuestro país tuvo un grado de aplicación inédito a escala mundial, constituyéndose la Argentina en el “mejor alumno” del establishment nacional e internacional, la acumulación capitalista, en una etapa más general de fuerte influencia del eficientismo y el utilitarismo a escala mundial (García Delgado, 1994), permitiría el acceso al mismo tipo de goce al que nos hemos referido¹⁰⁹. En ese contexto, podemos decir, entonces, que las prácticas de consumo masivas, al igual que la acumulación económica de los sectores empresariales, en su explotación de los trabajadores, a lo que podemos incorporar el consumo masivo y la posibilidad de ahorro de parte de amplios sectores medios, se constituirán como significantes que funcionarán como fuentes de “plus de goce” pulsional (Lacan, 2006). Lo que debemos destacar, sin embargo, es que sólo a partir de la articulación de estos significantes alrededor del significante Amo Convertibilidad, será posible el acceso efectivo al goce. En efecto, como señala Lacan: “Lo importante es que, natural o no, de todas formas, si se puede hablar de goce es como algo vinculado con el origen mismo de la entrada en juego del significante” (Lacan, 2006: 191).

Sin embargo, lo que agrega Lacan (2006), diferenciándose en este punto de los análisis “sociales” de Freud, es que ese significante adquiere, a su vez, una vinculación con aquel que lo ha instaurado, es decir, con el liderazgo, en este caso, Carlos Menem. Esta particularidad, que de ningún modo puede ser limitado a un vínculo meramente instrumental, al estilo “voto cuota” o estabilidad monetaria a cambio del voto, nos lleva a analizar la relación “afectiva” que se produjo entre el significante hegemónico y su instaurador.

4.2. LA INVESTIDURA CATEXIAL EN TORNO AL LIDERAZGO MENEMISTA

¹⁰⁹ Más allá de la indudable relación simbólica que el psicoanálisis le otorga al dinero como fuente sustitutiva de satisfacción anal. Al respecto, véase Žižek (1992: 44).

La palabra [...] en su función simbolizante, no se dirige a nada menos que a transformar al sujeto al que se dirige por el lazo que establece con el que la emite, o sea: introducir un efecto de significante.

Jacques Lacan, "Función y campo de la palabra", *Escritos I*

Vimos anteriormente que, desde el psicoanálisis lacaniano, la castración paterna prohíbe e impide, de este modo, alcanzar la unidad fantasmática con el objeto primordial del deseo que representa el cuerpo de la Madre. En ese contexto, surge el deseo eterno de retornar a aquella situación de plenitud, lo cual sólo se hace presente mediante "significantes unarios" (Lacan, 1987: 264) que logran recuperar parcialmente, mediante el lenguaje, el goce perdido de la vinculación cuerpo a cuerpo (Lacan, 2008). En otras palabras, tras la ruptura de la unidad mítica con el cuerpo de la Madre en tanto prohibida, surge el deseo inconsciente de retornar a aquella situación. Este deseo inconsciente logra hacerse presente imaginariamente por la vía de lo simbólico, por la vía del significante, lo que, con cierta pérdida, permite recuperar esa unidad mítica imaginaria eludiendo la falta constitutiva Real. De este modo, el significante adquiere una investidura de goce, en tanto permite hacer posible, precisamente, ese retorno imposible a la Cosa que tanto se desea.

Ahora bien, si el significante es "aparato de goce" (Lacan, 2006: 51), si existe la posibilidad de un "gocce lenguajero" (Braunstein, 2006), un goce que se logra acceder por la vía del significante (Lacan, 2008), ¿qué lugar ocupa en estas circunstancias el líder? Para entender esta compleja cuestión, ignorada por los estudios de caso del menemismo, debemos tener en cuenta que, como afirma Lacan en *El reverso del psicoanálisis*, diferenciándose en parte del enfoque seguido por Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1973a), el líder no ocupa necesariamente el lugar del ideal del yo (Copjec, 2006). En efecto, como ya señalara Lacan en su *Seminario XI*, la identificación puede ser instaurada tanto en la función del líder como ideal del yo (I), como también en un objeto privilegiado al que "la pulsión le da la vuelta". Este objeto privilegiado que sirve de soporte es, precisamente, el objeto a minúscula (Lacan, 1987: 264-266). En este último caso, la identificación no reside, como pretendía la visión freudiana clásica, en el líder en tanto ideal del yo que suple la autoridad protectora paterna o cierta imagen superyoica que provee seguridad y reprime los instintos, sino que "atraviesa" el plano de la identificación narcisística para, en palabras de Lacan, "llevar la demanda a la identificación" (Lacan, 1987: 281-282):

En el entrecruzamiento por el cual el significante unario llega a funcionar aquí en el campo del *Lust*, es decir, en el campo de la identificación primaria narcisista, está el mecanismo esencial de la incidencia del ideal del yo [...] Pero hay otra función que insta una identificación de índole muy diferente, y que el proceso de separación introduce. Se trata de ese objeto privilegiado, descubrimiento del análisis, cuya realidad es puramente topológica, el objeto al que la pulsión le da la vuelta, el objeto que produce un bulto, como el huevo de madera en la tela, esa tela que, en el análisis, uno está zurciendo, el objeto a (Lacan, 1987: 265).

En ese contexto, a diferencia de lo que señalaba Freud a partir de su famoso análisis de la identificación hipnótica de las masas en la Iglesia y el Ejército (Freud, 1973a), el líder no necesariamente encarna al significante Amo o punto de capiton, en los términos de Lacan, que articula como punto de partida la cadena equivalencial. Por el contrario, como nos recuerda el psicoanalista francés, “el lugar del agente, sea el que sea, no es siempre el del significante amo”¹¹⁰ (Lacan, 2006: 185). En otras palabras, el significante Amo no necesariamente se encuentra ligado al papel unificador del líder, al menos no en una primera instancia. Puede darse el caso, como ocurre con la identificación del analista en torno a su “supuesto saber” superior, en el que la identificación (transferencia) se realiza alrededor de una característica particular que adquiere el objeto, alcanzando la identificación amorosa en torno al líder por la vía del objeto parcial, que en este caso es el supuesto conocimiento superior del analista.

En la misma línea, pero ahora desde el ángulo de la teoría política contemporánea, Laclau señala que, si bien el amor hacia el líder resulta importante para constituir todo

¹¹⁰ En realidad, en sus primeros seminarios Lacan relacionaba al líder con el ideal del yo freudiano (véase Lacan, 1982). No obstante, en su *Seminario XI* y en particular a partir del *Seminario XVII*, cuando se refiera a la presencia de los cuatro discursos del psicoanálisis, y en los seminarios subsiguientes (especialmente el XVIII, XIX y XX), Lacan dejará de lado este enfoque freudiano inicial para dar cuenta de diferentes modos de constitución discursiva del lazo social que excederán esta reducción al discurso del Amo (Lacan, 1971-1972, 2006, 2008). Para un análisis que retoma la noción freudiana del líder como ideal del yo de los primeros seminarios de Lacan para dar cuenta de las formas de identificación imaginaria con el liderazgo de Néstor Kirchner, véanse Biglieri y Perello (2008).

vínculo social, e incluso situará en otro trabajo a la figura de Perón como un significante vacío (Laclau y Mouffe, 1987), Freud “se apresura demasiado en pasar de apuntar el amor por el líder como condición central de la consolidación del vínculo social, a la afirmación de que él constituye el origen de ese vínculo” (Laclau, 2005a: 109). En efecto, si bien es cierto que el líder es el que unifica el espacio social mediante la absorción equivalencial de demandas sociales insatisfechas, no necesariamente es él el cristizador del movimiento. Como bien destaca en un texto posterior, “no es que el líder sea el origen del movimiento, sino que, sin ese punto de aglutinación, el movimiento no podría forjar su unidad, se dispersaría entre los elementos que lo componen” (Laclau, 2006b: 118). En otras palabras, como señala Marchart, citando a Laclau, aunque el “nombre” es la condición para la formación del grupo, el mismo no constituye su origen necesario (Marchart, 2006).

Pero entonces, ¿qué lugar ocupa el agente que encarna al significante Amo? En primer lugar, debemos tener en cuenta que, como señala Lacan, ningún agente (así lo denomina) es tal, sino que encarna esa función (Lacan, 2006). Partiendo de esta premisa, que nada tiene que ver con el funcionalismo sociológico clásico, el psicoanalista francés afirma que su función radica, precisamente, en investir libidinalmente al significante Amo¹¹¹. En ese contexto, Laclau (2005a) subraya que, para que se logre la articulación de las diferentes demandas sociales equivalenciales, resulta imprescindible la “nominación” por parte de una autoridad¹¹². Ahora bien, lo que incorpora Laclau en sus últimos trabajos, basándose en los

¹¹¹ Refiriéndose a la función del analista como Sujeto supuesto Saber, ejemplifica Lacan con la siguiente frase: “amo en ti algo más que tú, el objeto a minúscula” (Lacan, 1987: 276).

¹¹² En sus primeros trabajos, Laclau y Mouffe decían, por el contrario, que “el momento de cierre de una totalidad discursiva, que no es dado al nivel “objetivo” de dicha totalidad, tampoco puede ser dado al nivel de un sujeto que es “fuente de sentido”, ya que la subjetividad del agente está penetrada por la misma precariedad y ausencia de sutura que cualquier otro punto de la totalidad discursiva de la que es parte” (Laclau y Mouffe, 1987: 156 y 164). En “Poder y representación”, sin embargo, Laclau comenzará a modificar su pensamiento. Allí dirá que la clave reside en una decisión externa de un líder que incorpora, mediante un “acto de decisión” o “acto de identificación”, un suplemento de sentido que completa la identidad (Laclau, 1996: 159-173). No obstante, seguirá creyendo que existe una identidad básica que es previa a todo proceso de representación (véase Aboy Carlés, 2001: 43-44). En sus últimos trabajos, finalmente, dejará de lado estos resabios. Así, en *La Razón populista* sostendrá, basándose en Lacan, que el nombre, la “nominación”, es la base de unidad del objeto (Laclau, 2005a: 151, 226, 281 y 286). De este modo, se diferenciará de autores como Lefort (1990), quien sostiene que el poder ocupa un lugar “vacío”. Desde la perspectiva laclauiana, hay, en cambio, “encarnaciones parciales” a partir de prácticas hegemónicas (Laclau, 2005a: 207-216). En otros textos, dirá, en la misma línea, que “la decisión provoca el cierre de lo que estaba estructuralmente abierto” (Laclau, 2003: 85), ya que “no hay posiciones de sujeto, sino un sujeto que intenta cerrar esa brecha” (Laclau, 2003: 63 y 2005b: 35). Finalmente, en su último trabajo expresará que en el capitalismo globalizado actual, dado que hay una multiplicación de efectos dislocatorios y una proliferación de nuevos antagonismos, el rol de nominación del líder pasa a ocupar un lugar central (Laclau, 2005a: 286-287). Esta decisión del líder político, por otra parte, no hace sino

cruciales aportes del psicoanálisis lacaniano, en particular a partir de la influencia de Copjec, es que esta nominación o “acto de identificación” (Laclau, 1993, 1996), cumple la función primordial de generar un “afecto” o “investidura libidinal” (Lacan, 2003: 84) en torno al objeto que lo encarna¹¹³ (Laclau, 2005a; Copjec, 2006). En efecto, dado que el acto de la nominación simbólico logra articular las diversas demandas particulares, formalizando imaginariamente el lazo social, esa vacuidad pasa a ser encarnada por la fuerza hegemónica. En esas circunstancias, señala Laclau, el líder obtiene una “investidura ontológica” a partir de que logra hegemonizar el espacio social (Laclau, 2005a: 214). En otras palabras, si Lacan tenía razón al afirmar que “Aquello de lo que el amor hace su objeto es lo que falta en lo real” (Lacan, 2003: 421), Laclau puede señalar, en la misma línea, que el líder, en tanto representa la entidad que encarna la satisfacción del objeto, adquiere una investidura afectiva en torno suyo. En sus términos, “la entidad encarnadora se convierte en el objeto pleno de investidura catéctica”, en razón de que se presenta como “el exceso fantasmático de un objeto a través del cual la satisfacción puede alcanzarse” (Laclau, 2005a: 152-153).

Mediante la recuperación de esta noción de “investidura catexial”, Laclau realiza un paso crucial para comprender la lógica de identificación en los nuevos tiempos hipermodernos. En efecto, al recuperar la dimensión “afectiva”, prácticamente ignorada por la Ciencia Política de raíz conductista, el teórico argentino logra alejarse completamente de los enfoques racionalistas, quienes, como hemos visto, reducen el vínculo a cálculos puramente lógicos de individuos racionales (Laclau, 2005a: 282-283). A partir de ahora, la relación política entre los ciudadanos y el liderazgo presidencial puede adquirir una lógica identitaria que excede el cálculo instrumental, al estilo otorgamiento de estabilidad política y/o económica a cambio del voto, o el llamado “voto cuota” o “voto licuadora”. De ahora en más, es el propio discurso el que instituye la modalidad de vinculación social, al ser aquel el que genera el proceso de identificación (Lacan, 1971-1972), en este caso a partir de una investidura mediada por el Significante vacío (llamado por Lacan S1) y la amplia cadena de equivalencias o cadena significativa asociada a aquel (el llamado S2). Esta vinculación, sin embargo, no deja de ser racionalizable, en tanto y en cuanto, como hemos visto, al menos durante

poner en evidencia la distancia constitutiva existente entre representantes y representados (Laclau, 1996: 163).

¹¹³ En esta línea “racional” véanse los clásicos trabajos de Downs, Olson y Riker.

los años '90, el discurso que sobredetermina el pensamiento y el accionar social de los sujetos inmersos en el juego capitalista es la economía. Sin embargo, como destacan Laclau y Mouffe (1987), a partir de los cruciales aportes de la pragmática wittgensteiniana, ya no puede pensarse este vínculo con independencia de un discurso particular que otorga significación legítima a los propios pensamientos y acciones de los individuos y sujetos colectivos. En otras palabras, aunque no existe una determinación en alguna instancia de la dimensión económica, el análisis sociohistórico y cultural sí nos permite aseverar que el discurso mercantilista y de racionalidad formal, al menos durante la década de los '90, hegemona el espacio social. De este modo, se instituyen discursivamente identidades políticas que tienen como modalidad de identificación social el consumo masivo de tecnología y la acumulación económica sin restricciones morales, religiosas, o de otro tipo.

Veamos ahora cómo podemos articular estos cruciales aportes de la teoría política y el psicoanálisis lacaniano, para intentar comprender la particularidad del discurso menemista y su vinculación con el objeto parcial Convertibilidad. Vimos previamente que el "significante promordial" (Lacan, 1987: 259, 284) Convertibilidad permitirá, a partir de la sutura del hueco faltante en la sociedad, vehiculizar simbólicamente el fantasma de unidad con el otro, lo que permitirá acceder a la constitución imaginaria del (imposible) rasgo unario, supliendo, por la vía del significante, la imposibilidad Real de la "relación sexual". A su vez, en lo que refiere a la función de exceso o plus de goce de la que nos habla Álvarez (2006), el régimen cambiario permitirá el acceso, al mismo tiempo, a un plus de goce derivado del consumo masivo y la acumulación de capital. El significante Convertibilidad funcionará, en ese sentido, como un objeto parcial que vaciará su inherente particularidad para hegemonizar metonímicamente el espacio social. Sin embargo, ese significante hegemónico sólo sería establecido por un liderazgo, en este caso el de Menem, con su consiguiente investidura derivada de su institución. En ese contexto, podemos decir que el Presidente, en tanto entidad o agente que funciona como garante del fantasma de la "plenitud mítica" y de la satisfacción pulsional, esto es, en los términos de Laclau, el momento en el que, en última instancia, se "cristaliza la unidad del movimiento" (Laclau, 2006b: 119), obtendrá una investidura catecrética, es decir, un "afecto" en torno a su persona (Laclau, 2005a: 152; Copjec, 2006). Esta investidura o ligazón catexial, sólo posible a partir de la institución del objeto a Convertibilidad, en tanto símbolo de la plenitud social imaginaria, le permitirá a Menem articular

lar, y al mismo tiempo consolidar, lo que hasta entonces era una frágil e inestable hegemonía¹¹⁴, materializando esta hegemonía en las contundentes victorias obtenidas en las elecciones legislativas de septiembre de 1991 y octubre de 1993, donde obtendrá cerca del 40% de los votos a nivel nacional y, tras modificar exitosamente la Constitución Nacional al año siguiente, en la reelección presidencial del 14 de mayo de 1995, donde será electo nuevamente con un porcentaje cercano al 50% del total de votos.

5. CONCLUSIONES

En el transcurso de este trabajo nos propusimos analizar la función ejercida por el Régimen socioeconómico de la Convertibilidad en la articulación y consolidación discursiva de la cadena significativa del menemismo. Tomamos como base, para ello, un marco conceptual basado en la Teoría de la Hegemonía de Ernesto Laclau y la aplicación de algunas categorías clave del psicoanálisis lacaniano. Mediante este abordaje transdisciplinar, intentamos diferenciarnos de aquellos enfoques que limitan el análisis del proceso de legitimación social al aspecto carismático, de decisionismo, o bien a la lógica del respaldo meramente instrumental. Para desarrollar el análisis, partimos de la base de que la Convertibilidad trascendía su configuración como una simple ley, al hallarse asociada, de forma no apriorística, a múltiples políticas que resultaban funcionales a su sostenimiento. Centrándonos en un enfoque de análisis cualitativo del discurso, observamos de qué modo a partir del éxito del Régimen de Convertibilidad sancionado en abril de 1991, el discurso menemista logró establecer una amplia cadena de equivalencias que garantizó no sólo un orden social, sino también el logro de la estabilidad económica, que beneficiaba sobre todo a los sectores populares, y la modernización tecnológica, frente a la ineficiencia y burocratización estatal. De este modo, a partir de los inéditos índices macroeconómicos de crecimiento y expansión del consumo interno y la inversión, alcanzados a partir del éxito del 1 a 1, su discurso lograría reforzar la frontera política entre una Argentina caracterizada como “vieja”, “atrasada”, en

¹¹⁴ Diferentes encuestas muestran que, si hasta la instauración del Plan de Convertibilidad la imagen de Menem era sensiblemente superior a su plan económico, a partir de la estabilización de la economía se modificarán los registros. Así, la imagen de Menem será de un 46% en mayo de 1991 y 58% en agosto, mientras que el Plan económico será avalado por un 60% y un 64%, en los respectivos meses. De todas maneras, la imagen presidencial seguirá siendo superior a la del resto del Gobierno, que será de 28% en mayo de 1991 y 39% en agosto de ese mismo año (*La Nación*, 30/08/91). Al respecto, véanse también *Página 12*, 22/11/92 y 03/07/94; *Noticias*, 15/05/94.

“involución”, “decadencia”, “aislamiento” y “estancamiento”, frente a una cadena equivalencial interna representada por una Argentina “nueva”, “moderna”, caracterizada por el “progreso”, el “desarrollo”, el “crecimiento” y la “proyección internacional”. En dicho marco, lejos de limitarse a ser únicamente el Partido del Orden para los sectores dominantes, el discurso menemista lograría edificar un componente tangible y concreto de ruptura social populista. Podemos decir, entonces, que el menemismo fue, al mismo tiempo, el Partido del Orden y el Partido del Cambio, en lo que puede ser definido, en tanto se mantenía en una ficción fantasmática, como un populismo “virtual”.

En una segunda etapa, nos centramos en el proceso de identificación social en torno al liderazgo menemista. Señalamos, en ese sentido, que el Régimen de Convertibilidad podía ser asimilado a un punto de capiton lacaniano que funcionó como un objeto parcial que permitió hegemonizar metonímicamente el orden comunitario, al encarnar en su presencia a una amplia cadena de significantes asociadas discursivamente al logro de la paz, el orden y la estabilidad económica y social, hasta entonces ausentes en el seno de la comunidad. Al mismo tiempo, el significante primordial garantizaría un plus de goce pulsional vinculado al consumo masivo y la acumulación capitalista para los sectores de poder, una lógica imperativa que luego se extendería a amplios sectores sociales, quienes lograrían acceder a prácticas de consumo, y en muchos casos al ahorro personal y familiar, vistos como objetivos a perseguir para alcanzar la felicidad individual. En dicho marco, potenciado por el discurso superyoico promovido por los medios masivos de comunicación, en particular la televisión, en el contexto de declinación de la imagen paterna, y de la propia lógica exhibicionista y farandulezca que dominaría durante los años '90, el liderazgo de Menem lograría generar una investidura ontológica en torno a su persona, mediado a través del Significante Amo Convertibilidad. En otras palabras, la vigencia del Régimen socioeconómico de la Convertibilidad, transformado, como vimos, en el objeto parcial que encarnaba metafóricamente la totalidad social, permitirá, en el contexto de una demanda conservadora vinculada a la identificación con aquel objeto de deseo causante del goce, que la comunidad se articule e identifique catexialmente en torno al liderazgo menemista, agente garante de su permanencia. De este modo, tal como se pondría de manifiesto, sucesivamente, en las elecciones legislativas de 1991 y 1993, donde el oficialismo obtuvo cerca del 40% del total de votos a nivel nacional, en la exitosa reforma constitucional del año siguiente, y, finalmente, en las elec-

ciones presidenciales de mayo de 1995, donde Menem sería cómodamente reelecto por casi el 50% de los votos, el significativo Convertibilidad, ya convertido en un verdadero modelo de país encadenado a múltiples significantes que actuaban como sus significados concretos, lograría relegitimar y consolidar la hasta entonces frágil e inestable hegemonía constituida en 1989.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aboy Carlés, G. *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Homo Sapiens, Rosario, 2001.
- Álvarez, A. *La teoría de los discursos de Jacques Lacan*, Letra Viva, Buenos Aires, 2006.
- Auyero, J. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Manantial, Buenos Aires, 2001.
- Azpiazu, D. "La industria argentina ante la privatización, la desregulación y la apertura asimétricas de la economía. La creciente polarización del poder económico", D. Azpiazu y H. Nochteff (comps.), *El Desarrollo ausente*, Tesis-Norma-FLACSO, Buenos Aires, 1995.
- Barros, S. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Alción, Córdoba, 2002.
- Basualdo, E. *Concentración y Centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa*, UNQUI, Buenos Aires, 2000.
- Biglieri, P. y Perelló, G. *En el nombre del pueblo. El populismo kirchnerista*, UNSAM edita, Buenos Aires, 2008.
- Bonnet, A. *La hegemonía neoconservadora. 1989-1999*, Prometeo, Buenos Aires, 2008.
- Braunstein, N. *El goce. Un concepto lacaniano*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.
- Busso, M. "La(s) identidad(es) y sus campos de batalla", en *Trabajadores informales en argentina: ¿de la construcción de identidades colectivas a la constitución de organizaciones?*, capítulo tercero de la Tesis en co-tutela para optar por los títulos de Doctor en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires y Docteur de l'Université Université de Provence (Aix-Marseille I), mes de mayo, 2007.

- Canelo, P. *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*, Documento de trabajo de FLACSO, Buenos Aires, 2002.
- Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Buenos Aires, 1993.
- Cavarozzi, M. *Autoritarismo y democracia (1955-1996)*, Ariel, Buenos Aires, 1997.
- Copjec, J. *El sexo y la eutanasia de la razón*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- De Ípola, E. *Ideología y discurso populista*, Folios, Buenos Aires, 1983.
- Derrida, J. *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989.
- Derrida, J. *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Tecnos, Madrid, 1997.
- Dor, J. *Introducción a la lectura de Lacan*, Gedisa, Barcelona, 1997.
- Etchemendy, S. "Construir coaliciones reformistas: La política de las compensaciones en el camino argentino hacia la liberalización económica", *Desarrollo Económico*, Enero-Marzo, 2001.
- Fair, H. "El rol del Plan de Convertibilidad en la articulación de los grandes grupos empresariales. Un estudio de caso del primer gobierno de Menem", *Documentos y aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*, N°10, Enero-Junio, Santa Fe, pp. 111-156, 2008.
- Fair, H. "El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista", *Ciencias Sociales Online*, N°2-3, Julio-Noviembre, Viña del Mar, Chile, 2008. pp. 50-73. URL:
http://www.uvm.cl/csonline/2008_2/pdf/hfair.PDF
- Fair, H. "El mito de la Argentina país potencia", *Contribuciones desde Coatepec*, N°16, enero-junio, México, 2009, pp. 115-146.
- Fair, H. "Los dispositivos de la enunciación menemista y la tradición peronista. Un análisis desde la dimensión ideológica", *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, N°18, Madrid, enero, 2009, pp. 251-283.
- Fair, H. "El Estado y los trabajadores durante el primer gobierno de Menem en Argentina (1989-1995)", *Estudios Sociológicos*, N°80, mayo-agosto, México, 2009. pp. 551-594.
- Fair, H. "El discurso de ruptura social del menemismo", *Estudios Sociales*, N°37, Santa Fe, Segundo Semestre, 2009, pp. 127-161.

- Feijoo, M. Los gasoleros como estrategia de consumo de los NUPO”, en AA.VV., *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Losada-UNICEF, Buenos Aires, 1993, pp. 229-252.
- Freud, S. “Psicología de las masas y análisis del yo”, *Obras completas de Sigmund Freud*, Tomo 3, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Freud, S. “El malestar en la cultura”, *Obras Completas de Sigmund Freud*, Tomo 3, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- Freytes Frey, C. L. “Intelectuales y comunicación política: las rearticulaciones defensivas del consenso neoliberal en el ocaso de la Convertibilidad”, en L. Arfuch y G. Catanzaro (comps.), *Pretérito imperfecto. Lecturas críticas del acontecer*, Prometeo, Bs. As., 2008, pp. 87-106.
- Frenkel, R. “Argentina: una década del régimen de convertibilidad” en *Foros 8. Presente y futuro de la política monetaria en América Latina*, Banco Central de Venezuela, Caracas, mayo, 2003.
- Gambina, J. y Campione, D. *Los años de Menem. Cirugía mayor*, Centro Cultural de la Cooperación, Bs. As., 2002.
- García Delgado, D. *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mecanografiado, Bs. As., 1994.
- Gerchunoff, P. y Torre, J. C. “La política de liberalización económica en la administración de Menem”, *Desarrollo Económico*, N°141, pp. 733-768.
- Gervasoni, C. (1998): “Del distribucionismo al neoliberalismo: los cambios en la coalición electoral peronista durante el gobierno de Menem”, Paper presentado en el Latin American Studies Association (LASA), Chicago, 24 a 26 de septiembre. URL: <http://168.96.200.17/ar/libros/lasa98/Gervasoni.pdf>
- Gramsci, A. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.
- Isla, A., Lacarrieu, M. y Selby, H. *Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en los tiempos de Menem*, Norma-FLACSO, Buenos Aires, 1997.
- Karol, J. “La clase media a través de la hiperinflación”, en AA.VV., *Cuesta abajo*, Losada-UNICEF, Buenos Aires, 1993, pp. 253-282.

- Kulfas, M. "El rol del endeudamiento externo en la acumulación de capital durante la Convertibilidad", *Época*, N°3, 2001, pp. 181-216.
- Lacan, J. *Seminario XIX: ...Ou pire*, edición íntegra (inédito). 1971-1972.
- Lacan, J. "Tópica de lo imaginario", *Seminario I, Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Buenos Aires, 1982.
- Lacan, J. *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Texto establecido por Jacques Alain Miller, Paidós, Buenos Aires, 1987.
- Lacan, J. *Escritos I*, Siglo XXI, Bs. As., 2003.
- Lacan, J. *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 2006.
- Lacan, J. *Seminario XX: Aun*, Paidós, Bs. As., 2008.
- Laclau, E. y Mouffe, C. *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Buenos Aires, 1987.
- Laclau, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1993.
- Laclau, E. *Emancipación y diferencia*, Ariel, Bs. As., 1996.
- Laclau, E. "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas", en J. Butler, E. Laclau y S. Žizek (comps.), *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, FCE, México, 2003.
- Laclau, E. *La Razón populista*, FCE, Bs. As., 2005.
- Laclau, E. "Populismo: ¿qué hay en el nombre?", en L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Paidós, Bs. As., 2005.
- Laclau, E. *Misticismo, retórica y política*, FCE, Bs. As., 2006.
- Laclau, E. "Consideraciones sobre el populismo latinoamericano", *Cuadernos del Cendes*, N°62, 2006.
- Lefort, C. *La invención democrática*, Nueva Visión, Bs. As., 1990.
- Levitsky, S. "Crisis, adaptación partidaria y estabilidad del régimen en la Argentina: el caso del peronismo, 1989-1995", *Revista de Ciencias Sociales*, UNQ, N°6, pp. 85-131.
- Llach, L. "¿Dos décadas perdidas? Desafíos, respuestas y resultados de la política económica de la democracia", en M. Novaro y V. Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Bs. As., pp. 133-154.
- Manín, B. "Metamorfosis de la representación", en M. Dos Santos y F. Calderón (comps.), *¿Qué queda de la representación política?*, Nueva Sociedad, Caracas, 2004, pp. 9-40.

- Marchart, O. "En el nombre del pueblo. La razón populista y el sujeto de lo político", *Cuadernos del Cendes*, N°62, 2006, pp. 39-60.
- Margheritis, A. "Características e impacto de la implementación del programa de privatizaciones en Argentina", en AA.VV, *Privatizaciones e impacto en los sectores populares*, De Belgrano, Bs. As, 2006. pp. 49-76.
- Mora y Araujo, M. *Ensayo y error*, Planeta, Bs. As., 1991.
- Mouffe, C. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Bs. As., 1999.
- Novaro, M. *Pilotos de tormentas*, Letra Buena, Bs. As., 1994.
- Novaro, M.: *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario, 2000.
- Nun, José. *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, FCE, Bs. As, 2001.
- O'Donnell, G. "¿Democracia delegativa?", *Cuadernos del CLAHE*, N°61, 1992, pp. 5-20.
- Palermo, V. y Novaro, M. *Política y poder en el gobierno de Menem*, Norma-FLACSO, Bs. As., 1996.
- Pitkin, H. *El concepto de representación*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985.
- Pucciarelli, A. "¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina", *Sociedad*, N°12/13, Bs. As., 1998. pp. 5-36.
- Quevedo, L. A. "Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa", en R. Winocur (comp.), *Culturas políticas a fin de siglo*, México, Juan Pablos editor, 1997. pp. 53-78.
- Quiroga, H. *Argentina, en emergencia permanente*, Edhasa, Bs. As., 2005.
- Ranciere, J. *El desacuerdo. Política y filosofía*, Nueva Visión, Bs. As. , 1996.
- Rodríguez Krauth, A. "Relaciones de la psicología política con la economía y la religión", *Revista de Psicología Política*, N°20, 2000. pp. 29-46. URL: <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N20-2.pdf>
- Schmitt, C. *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1987.
- Sidicaro, R. "Poder político, liberalismo económico y sectores populares en la Argentina 1989-1995", en AA.VV., *Peronismo y menemismo*, El Cielo por Asalto, Bs. As., 1995, pp. 121-156.

- Sidicaro, R. "Cambios del Estado y transformaciones del peronismo", *Sociedad*, N°12/13, Bs. As., 1998, pp. 37-57.
- Sidicaro, R. *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Libros del Rojas, Bs. As., 2003.
- Sigal, S. y Verón, E. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Legasa, Bs. As., 2003.
- Staten, H. *Wittgenstein y Derrida*, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1984.
- Stavrakakis, Y. *Lacan y lo político*, Prometeo, Bs. As., 2008.
- Thwaites Rey, M. "La política de privatizaciones en la Argentina. Consideraciones a partir del caso Aerolíneas", *Realidad Económica*, N°116, 1993. pp. 46-75.
- Thwaites Rey, M. *La (des)ilusión privatista*, EUDEBA, Bs. As., 2003.
- Verón, E. "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en AA.VV., *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*, Hachette, Bs. As., 1987.
- Williams, R. *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, .1980.
- Zizek, S. *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1992.

Fuentes

- ABRA (1994): "Las estrategias del desarrollo. La banca, el crecimiento y la inversión social", Cuartas Jornadas Bancarias de la República Argentina, Asociación de Bancos de la República Argentina, Bs. As, agosto de 1993.
- Diarios *Clarín*, *La Nación* y *Página 12*
- INDEC (1998): Anuario Estadístico de la República Argentina, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Vol. 14.
- Discursos oficiales del presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl Menem, Dirección General de Difusión, Secretaría de Medios de Comunicación, Presidencia de la Nación, República Argentina (varios tomos).